

## LA ESPECIE HUMANA.

### LEYES DE SU MULTIPLICACION.

(Conclusion.) \*

#### IV.

No faltará quien diga que siendo las razas civilizadas generalmente más numerosas que las no civilizadas, y puesto que son un poco más complejas, á la vez que un poco más activas, deben ser, de conformidad con la ley general, ménos prolíficas. Ningun hecho, sin embargo, prueba que así sea; más bien parece que es lo contrario.

Se puede contestar que si las demás condiciones fueran iguales, estas variedades superiores tendrían cifras inferiores de acrecentamiento. Pero las otras cosas no son iguales, y á la desigualdad de las demás condiciones es á la que se puede atribuir esa aparente anomalía. Ya hemos visto que los animales domésticos son mucho más fecundos que sus congénicos salvajes, y que las causas de esta mayor fecundidad son también las de la mayor fecundidad, relativa ó absoluta, que ofrecen los hombres civilizados en su comparación con los salvajes.

Otra de las causas es la diferencia de la cantidad de subsistencias. Los australianos, los de Tierra de Fuego y algunas razas más, de las que se podría citar la cifra inferior de multiplicación, tienen, á no dudar; una alimentación insuficiente. Los retratos que nos han dado á conocer Livingstone, Baker y otros viajeros, nos proporcionan una prueba evidente de la extrema depleción común entre las razas no civilizadas. Tanto en la cantidad como en la calidad, su alimentación es mala. Frutas silvestres, insectos, larvas, lombrices, etc., que nosotros rechazamos con repugnancia, entran por mucho con frecuencia en su régimen. Las comen crudas, y no tienen ninguno de nuestros instrumentos para hacerles sufrir una preparación mecánica y despojarlas de la parte inútil. De modo que viven de sustancias de ménos valor nutritivo, que son más costosas de masticar y digerir. Además, los hombres no civilizados no tienen abastecimientos muy regulares: cortos períodos de abundancia alternan con largas épocas de escasez. Por más que se sacian cuando llega la ocasión, y compensan un tanto las privacio-

nes pasadas, no es, sin embargo, con grandes comidas, de tarde en tarde, como pueden neutralizar los efectos de un prolongado ayuno. Tengamos también en cuenta que, poco previsores como son los salvajes, apenas se ponen en movimiento sino cuando les agujonea el hambre: podemos, pues, decir que están mal alimentados, y reconocer que aún las clases más pobres de las naciones civilizadas, que hacen comidas regulares de sustancias exentas de todo lo que no es nutritivo, fáciles de masticar y digerir, de bastante buena calidad, y en cantidad suficiente si no abundante, están mejor alimentadas.

Así es que, aunque la acción muscular parezca producir un consumo mucho mayor en los hombres civilizados que en los salvajes, y aunque sea probable que entre nuestros trabajadores la reparación cotidiana cueste más, hay muchos casos en que la diferencia no es tan grande como podría suponerse. La caza es muy laboriosa, y las razas inferiores hacen grandes esfuerzos para buscar y adquirir algunos despojos de alimento grosero con los que principalmente viven. Suponemos que, por lo mismo que los bárbaros tienen tanta aversión al trabajo regular, su acción muscular es menor que la nuestra. Pero esto no es exacto. Lo que ellos no pueden sufrir es el trabajo monótono, y ocurre que se someten voluntariamente á esfuerzos tan grandes ó aún mayores cuando se hallan excitados. Recordemos que los cazadores que escalan alegremente escarpadas montañas en persecución de un gamo, se considerarían sometidos á trabajos forzados si tuvieran que hacer iguales esfuerzos ó emplear el mismo tiempo en cavar la tierra; veremos que el salvaje, lo contrario del hombre industrial, puede no obstante sufrir un dispendio muscular que no difiere mucho del que éste hace. Si se añade que el hombre no civilizado está sujeto á un dispendio fisiológico mayor que el hombre civilizado, por falta de buenos medios de abrigarse y protegerse; que en ciertos casos tiene que compensar una pérdida de calor más grande, y que en otros sufre muchos daños ó contrariedades por la irritación que le causan enjambre de insectos, fácilmente se comprende que el dispendio total de la conservación del individuo entre ellos, es sin duda, en muchos casos, un poco menor, y en algunos mayor que entre nosotros.

De suerte que, ya sean las razas civilizadas más numerosas que las salvajes; ya tengan en su sistema nervioso, al ménos, algo de más complejo; ya,

\* Véase el número anterior, pág. 673.



siendo iguales en todo, se las deba considerar ménos prolíficas; las demas cosas son tan desiguales, que si esas razas son más prolíficas, es por adaptarse á la ley general. Hemos visto cómo entre los animales inferiores una evolucion superior hace algunas veces más fácil la conservacion individual, proporcionando recursos de que ántes no se podia disponer. Pues de un modo análogo podemos esperar que entre las razas de hombres, las que en ligeros desarrollos ulteriores han dado origen á costumbres y artes que facilitan mucho la vida, no sólo no ofrecerán un grado inferior de fecundidad, sino que tal vez presenten uno superior.

#### V.

Tenemos que hacer frente á otra objecion del mismo órden, para la cual hay tambien una respuesta de igual índole. Se puede citar algunos casos en que hombres notables por su actividad corporal y mental, lo eran á la vez por una facultad generadora superior más bien que inferior á la ordinaria. Como los caracteres que constituian su superioridad indican grados superiores de evoluciones, se puede decir que, segun la teoría, esos hombres debian tener una actividad de reproduccion de grado inferior. Este caso de mayor poder de conservacion individual, unida á una mayor fuerza de propagacion de la especie, parece no estar en armonía con la doctrina general. Y sin embargo, no es difícil ponerlo de acuerdo. No hay más diferencia entre él y los que ya hemos mencionado, en que una alimentacion más abundante desarrolla simultáneamente al individuo y añade nuevos individuos á la produccion, que la de que en lugar de un mejor abastecimiento externo de los materiales, hay un mejor empleo interno de los mismos. Sabido es que los animales de cada especie difieren por la bondad de su constitucion. Ya es un defecto visceral que se revela en la debilidad de todas las funciones; ya un detalle del equilibrio orgánico, una calidad superior de tejidos; ya que abundantes y poderosos jugos digestivos hacen afluir continuamente en el organismo una sangre rica, que contribuye á la vez á exaltar las acciones vitales y á elevar la fuerza de propagacion. Estas variaciones son, sin embargo, completamente independientes de los cambios de la *proporcion* entre la individuacion y la generacion: esta sigue siendo la misma, miétras que los dos términos suben ó bajan por el alza ó la baja del acopio de materiales.

Un ejemplo hará desaparecer toda duda. Consideremos el combustible de un hornillo de una máquina de vapor locomotora, como equivalente al alimento que consume un hombre; consideremos el vapor consumido para poner en juego la máquina, como equivalente á la porcion de sustancia nutri-

tiva que sostiene las funciones y la actividad del hombre; consideremos, en fin, el vapor que levanta la válvula de seguridad, como equivalente á la porcion de alimento absorbido que se aplica á la propagacion de la especie. En estas condiciones, diversas clases de variaciones son posibles. Siendo las mismas las demas circunstancias, puede haber cambios de proporcion entre el vapor empleado para hacer andar á la máquina y el que se escapa por la válvula de seguridad. Puede haber un cambio estructural ú orgánico de proporcion. Agrandando la válvula ó debilitando el resorte, al mismo tiempo que se reduce el volumen de los cilindros, se puede establecer una fuerza de locomocion constitucionalmente débil y una suma de vapor desprendido constitucionalmente grande; las variaciones inversas debidas á estos cambios responderán á las variaciones inversas entre la individuacion y la generacion que nos ofrecen diferentes tipos orgánicos. Todavía puede haber un cambio funcional de proporcion. Si la máquina debe arrastrar una carga considerable, la sustraccion de vapor por los cilindros reduce mucho el desahogo que se opera por la válvula de seguridad; y si la máquina marcha con gran velocidad, el desahogo por la válvula cesa completamente. Por el contrario, si la rapidez es pequeña, la cantidad de vapor que se escapa se hace muy grande con relacion á la que consume el aparato motor; y si la máquina se pára, la totalidad del vapor se escapa por la válvula de seguridad. Esta variacion inversa responde á la que hemos reconocido entre el dispendio y la generacion en las diferencias que se hallan entre especies de un mismo tipo, pero de distinta actividad, y en las diferencias entre los individuos activos é inactivos de la misma especie. Además de estas variaciones inversas entre las cantidades de vapor consumido y las de vapor de alivio, de origen estructural y funcional, hay variaciones coincidentes que se producen en los dos por cambios en la cantidad de vapor suministrado, cambios que pueden producirse de diversos modos. En primer lugar, el combustible del hornillo puede ser aumentado ó mejorado. En cualquiera de estos casos, resultará una locomocion más activa, así como un desahogo más abundante; y este ejemplo corresponde á la adiccion que reciben el vigor individual y la actividad reproductiva en un animal con la ingestion de una cantidad mayor, ó de mejor calidad, de alimentos. En segundo lugar, se puede economizar el vapor engendrado. Las pérdidas de la caldera debidas al centelleo pueden disminuirse por medio de un revestimiento de sustancias inconductibles, y una parte del vapor cuya condensacion se impide irá á aumentar la fuerza de trabajo de la máquina, miétras que otra parte irá á reunirse á la



cantidad de desahogo. Esta variación corresponde á la adición que reciben simultáneamente el vigor del cuerpo y la fuerza de propagación entre los animales que tienen que dispendiar ménos para conservar su temperatura. En tercer lugar, merced á un perfeccionamiento del aparato generador de vapor, se puede obtener mayor cantidad con un peso dado de combustible.

Una mejora de la superficie del horno, un revocamiento de la caldera, que ofrezca mayor conductibilidad, ó un aumento del número de tubos, pueden causar una absorción mucho más grande de calor de la masa en combustión ó de los gases que despiden; el exceso de vapor engendrado por el exceso de calor, irá, como ántes, á aumentar la fuerza motriz y la emisión por la válvula de seguridad. Este último caso de variación coincidente es análogo al que nos ocupa; al del aumento del dispendio individual y de la actividad reproductiva que puede originar una superioridad de algún órgano de que dependen el empleo y la economía de los materiales.

Es, pues, evidente que un aumento de dispendio para la generación, ó un aumento de dispendio para la individuación pueden producirse de dos maneras completamente distintas, ya por una disminución del dispendio antagonista, ya por una adición que aumente el abastecimiento que provee á los dos dispendios; y la confusión procede de que no se hace distinción entre ellas. Tomando la relación de 4 : 20 para expresar los datos relativos á la generación y á la individuación, el dispendio para la generación puede elevarse á 5, mientras que el dispendio para la individuación llega á 25, sin que el tipo cambie: esto es puramente el efecto de circunstancias favorables ó de la superioridad de la constitución. Por otra parte, siendo las mismas las circunstancias, el dispendio para la generación puede elevarse de 4 á 5, bajando el de la individuación de 20 á 19: este cambio de proporción puede ser funcional y temporal, ó estructural y permanente. Únicamente en el último caso es el cambio un ejemplo de la variación inversa del grado de evolución y del grado de disolución procreativa, que por todas partes hemos encontrado.

## VI.

No hay razón, por lo tanto, para suponer que las leyes de la multiplicación á que obedecen las bestias, no rigen también al hombre. Al contrario, hay datos especiales que se unen á las deducciones generales para demostrar que esas leyes son verdaderas hasta para el hombre. Si en ciertos casos, en que no obtenemos pruebas directas, no lo observamos, es porque no contamos con todos los factores. Al examinar algunos hechos que parecen

contrarios, se reducen estos á otra categoría que la en que se les había colocado, y concuerdan con los otros desde el momento en que se interpretan bien.

Una vez determinada la conformidad de la fecundidad humana con las leyes de la multiplicación en general, réstanos averiguar qué efectos pueden producir los cambios permanentes realizados en la naturaleza y las condiciones de los hombres. Hasta aquí hemos visto cómo, por su evolución muy superior y su fecundidad muy débil, el género humano manifiesta la variación inversa de la individuación y de la generación, en uno de sus extremos. Hemos visto también que el género humano, como los demás géneros, sufre cambios funcionales en la cifra de su multiplicación bajo la influencia de los cambios de condiciones. Pero no hemos observado cómo el cambio de estructura en el hombre impone un cambio de fecundidad. La influencia de este factor se halla de tal modo ligada á la de los otros factores, por el momento más importantes, que no podríamos determinarla. Para llegar á descubrirla, es necesario proceder por deducción.

HERBERT SPENCER.

Traducción de R. de M.

## LA DANZA DE LA MUERTE

EN LA POESÍA CASTELLANA.

Nuestras vidas son los ríos  
Que van á dar en el mar,  
Que es el morir:  
Allí van los señorías  
Derechos á se acabar  
Y consumir;  
Allí los ríos caudales,  
Allí los ríos medianos,  
Y más chicos,  
Allegados son iguales:  
Los que viven por sus manos,  
Y los ricos.

JORGE MANRIQUE.

No hay pensamiento que más inquiete y atemorice al corazón humano como el de la muerte; pero si este pensamiento acude á preocuparlo alguna vez en circunstancias extraordinarias, quizás en ocasión en que se impresiona al espectáculo de la misma muerte, ó se halla poseído de honda aflicción á la pérdida de un ser querido; tan angustiosas sensaciones no son ni pueden ser muy duraderas, porque es instintivo en nuestra condición rechazar toda idea aterradora que limite el goce de la existencia. Necesario es para que éste llegue á obtener-



se sin sombra alguna, el completo olvido de esta diosa implacable que tan omnívoro y constante imperio ejerce sobre la humanidad.

Podrán existir espíritus dados á la contemplación y retraídos del mundo; bien sea el eremita que tiene á su vista en todo momento el material recuerdo de la muerte en una descarnada calavera; bien el sombrío monje de la Trapa que se impone como un deber el incesante y exclusivo pensamiento de su fin en la tierra y cava su lecho mortuario; bien el austero penitente enflaquecido por el insomnio y la vigilia, cual fué retratado por el pincel de Zurbaran; bien la virgen cristiana que en místicos arrobos ambiciona trocar la mansion terrestre por las eternas moradas del Esposo divino, y *muere porque no muere*, como nuestra sábia doctora Teresa de Jesus; pero las gentes que viven en el mundo y gozan de sus placeres y seducciones en agitada existencia, no acarician la idea de su término tremendo como un consuelo cristiano y una conclusion precisa á las desventuras, penalidades y reveses que se sufren en nuestra peregrinación á la eternidad.

Hubo, sin embargo, una época memorable en que, agitados los espíritus por una extraña y misteriosa influencia, por un contagioso delirio, se acogió hasta con entusiasmo la idea de la muerte; aún más: hizose á esta imágen espantosa y repugnante del sér que yace descarnado en el sepulcro, el tema de las inspiraciones en las artes y en las letras. El pintor trazó en el muro de los góticos claustros y en el de los cementerios, como lugar propio y adecuado, la fantástica figura de la Muerte, ejerciendo su inexorable poder sobre sus víctimas; el escultor animó con fúnebres orlas y con tan terribles escenas las cornisas y portadas de los templos; el cincelador adornó con ellas las armas, las urnas, el exterior de las copas y otros preciosos objetos; el grabador y el dibujante las reprodujeron en el libro ascético y piadoso; y por último, el poeta, dándole la forma dramática del *misterio* ó el *auto*, prestó á la misma Muerte una vida, puede decirse así, más animada y simbólica, poniendo en su boca, sin labios, tremendas sentencias mezcladas á veces con irónicos y burlescos pensamientos, que la revestían de un carácter especialísimo, el cual nos recuerda en cierto modo aquel que imprimió á sus obras el genio trágico y cómico á la vez de Shakspeare.

Púsose de moda la muerte en el período á que nos referimos; y entónces esta expresion medio aterradora, medio extravagante y grotesca de las concepciones de la mente exaltada, se popularizó en toda Europa, con fanatismo en algunas naciones; quedando en todas su recuerdo en sus notables monumentos artísticos y literarios. También España los posee en este último género, y de ellos nos

proponemos tratar en los presentes apuntes sobre tan curiosa materia.

Amplia es, sin duda, para un estudio detenido y comparado de esta sombría manifestación del arte en todos los países donde tanto se generalizó (1). No es tal nuestro ánimo: menester serían para empeño tan difícil las páginas de un libro, y sobre todo mayor competencia y más autorizada pluma.

Antes de llegar á nuestro objeto, hemos de dar una breve idea del origen que se atribuye á la que fué llamada *La Danza de la Muerte*.

## II.

Hasta los tiempos en que la luz del Evangelio hizo conocer al hombre que al desprenderse el espíritu del cuerpo, éste es sólo un despojo destinado á la tierra, no podía aquél personificar á la muerte como el sombrío fantasma que se cierne sobre los cementerios cristianos; ni como idea había de causarle la misma impresión que cuando llegó á escuchar el terrible *memento* al recibir de manos consagradas la ceniza en la frente. En la antigüedad pagana, despojábanse de todo lúgubre aspecto las honras tributadas á los finados: el fuego de las piras consumía los cadáveres con fastuosa pompa, y en los sarcófagos y monumentos erigidos á la memoria de los que dejaron de existir, no aparecía símbolo alguno de la muerte que repugnase á la vista ó pudiese espanto ó tristeza al ánimo, porque solo se advertían en sus artísticos bajo-relieves graciosas figuras y grupos mitológicos.

El cristianismo, haciendo ver al hombre su pequeñez en la tierra, amonestándole á nunca olvidar que el término infalible de su tránsito por el que considera un valle de lágrimas, es la muerte, y que cuando llegue á esta hora suprema ha de ser juzgado por sus acciones, hizo que el mismo sér humano, sometido á esta ley inexorable, personificara en el esqueleto armado de cortante segur y de pavoroso aspecto, á aquella deidad infausta, la cual desde entónces, con cuerpo, forma y realidad, no fué la pura abstracción, la idea filosófica, como en anteriores edades.

El temor á la muerte, propagado como precepto cristiano, y ya sentido en los corazones, aumentóse fundamentalmente en cierto período de la Edad media, corriendo el siglo XIV, con motivo de la excesiva mortandad que producían las calamidades más ter-

(1) El ilustrado escritor D. Florencio Janer, con quien nos unía afectuosa amistad y cuya reciente pérdida lamentamos, dió á la prensa en Paris, el año 1856, el poema castellano del siglo XIV *La danza de la Muerte*, é indicó en el preámbulo que le precede su propósito de dedicarse á este estudio comparativo. No sabemos que llegara á cumplir su deseo, y es de sentir ciertamente.



ribles. Las guerras, las escaseces, las epidemias devastadoras, se sucedían sin tregua, ofreciendo sus víctimas en excesivo tributo al insaciable fantasma de las tumbas. Preocupáronse los espíritus hondamente en el comienzo de tan trágico espectáculo que continuaba en aquella centuria casi constantemente; y por una transición extraña, poseídos de un febril delirio, como si quisieran alejar con la risa, el contento y los placeres aquella muda sombra que helaba la sangre al producir el lento toque de agonía en las campanas de los templos, pretendieron desentenderse de su amenazadora presencia; pensaron que hasta arrostrarían indiferentes sus emboscadas; pero en realidad no lograban engañarse, porque el terror era el móvil de esta ficticia tranquilidad y de sus impropios alardes.

Refiérese que una de aquellas pestes cruentas que diezmaban los pueblos, producía en sus ataques un vértigo espantoso que terminaba en ciertos movimientos epilépticos ó especie de danza á que los mismos se daban con frenesí. Uníanse de las manos en las calles los poseídos de este mal aterrador hasta caer desfallecidos. A este baile lúgubre y siniestro se atribuye por algunos el origen de la *Danza de la Muerte*, llamada también *Macabra* (1). Debía pensarse con razón que la Muerte presidía invisible tales escenas, dispuesta á recoger á los que así estenuados lanzaban su último suspiro.

Admitiendo que fuese este espectáculo espantable el origen de la *Danza de la Muerte*, porque también hay quien lo niega (2), no es de extrañar que á esta niveladora adusta de las jerarquías mundanas se la considerase con mayor espanto al invitar á tomar parte en este último baile de despedida de la tierra, desde el sér más elevado por su alcurnia ó su riqueza hasta el mísero mendigo, desde el tierno infante que abre sus ojos á la vida hasta el decrepito anciano que se acerca á su fin, y lo mismo á la doncella en su edad más hermosa, que al varón fuerte y ágil halagado por los ensue-

(1) Sobre la denominación que asimismo se dió de Macabra á esta danza fúnebre, existen diversos pareceres. Créese por algunos que es una alteración del nombre de San Macaire, ó un derivado de la palabra árabe *makabir*, que significa cementerio. Juzgan otros tomó tal nombre del poeta Macaber, que trató este asunto en versos alemanes, traducidos al latín por P. Desroy de Troyes, en 1460. El bibliófilo P. L. Jacob consigna que el inventor de esta danza de los muertos, como espectáculo, tomando el nombre de *Macabre*, se lo dió también á la misma danza; pero según otros, las imágenes de la Muerte de tan varia manera reproducidas por la pintura, fueron inspiradas por el poema de un trovador llamado *Macabrus*. Asegúrase también, por último, que tan fantásticos episodios fueron sólo una reproducción de las mascaradas que en el siglo XIII se verificaban en Carnaval.

(2) H. Fortoul. *Essai sur les poèmes et sur les images de la Danse des Morts*.

ños del porvenir, con una actividad más aterradora. Es indudable que poco faltaba para trocar en símbolo, en tema del arte cristiano, aquellas fúnebres escenas que tanto tenían á la vez de grotesco como horripilante.

Difícil es consignar si ofreció primero la pintura ó la poesía estos cuadros imponentes que con tanta elocuencia presentan lo débil y percedero de nuestro sér. Es de presumir que ántes de manifestarse en forma de *misterio* ó *moralidad* ú obra poética de otro género, el pensamiento de estas danzas debió brotar del pincel del artista; en cuyo caso aquellos círculos diabólicos de agonizantes que se creyeron producidos por la índole fatal de la epidemia á que nos referimos, sólo venían á ser un espectáculo, no ensayado ni fingido, reproducción viva y animada de una idea ya tan popular en los parajes sagrados, especialmente por la pintura alegórica. La igualdad ante la muerte, presentada en tan sombríos cuadros, y, según algunos presumen, anterior como obra del arte á las representaciones escénicas del siglo XIV, impresionaban al vulgo y eran dura enseñanza y acuerdo á la soberbia del magnate. Los cementerios fueron escogidos con preferencia, como recinto propio de aquella imagen descarnada, para la reproducción de tales episodios. Así, los muros de los camposantos y diversos lugares de Bale, Pisa, Lucerna, Dresde, Lubeck, Minden, Le Chaise-Dieu, Strasburgo, de Blois y otros, se veían animados con los frescos que representaban tales asuntos (1).

(1) Créese que la pintura de la Danza Macabra más antigua fué la de Minden en Westfalia, hecha en 1383. Del año 1424 data la del cementerio de los Inocentes. Bajo el reinado de Luis XII se pintó la del patio principal del castillo de Blois. Atribuyóse equivocadamente á Holbein, nacido en el año 1498, y la que ya existía en 1441 en el claustro de los Dominicanos en Bale. Esta era de las más célebres, así como la que decoraba la capilla de los Macabeos, demolida en 1819, en la catedral de Amiens. Esta Danza de la Muerte se componía de cincuenta personajes de todas las jerarquías mundanas. A cada figura, curioso y fiel retrato de los tipos y trajes del siglo XV, acompañaban algunos versos, uniéndose de este modo la poesía y la pintura para ofrecer las terribles asechanzas y sorpresas de la Muerte.

Hé aquí, para que se juzgue la analogía que ha conservado en todos los países la forma de estas manifestaciones en el poema, los que la temible diosa dirige al Rey:

Venez, noble roy couronné.  
Renommé de force et promesse  
Jadis fustes environné  
De gran pompes. de gran noblesse.  
Mas maintenant toute auitesse  
Laissez. Vous n'etes pas soul.  
Peu aurez de votre richesse:  
Le plus riche n'aqu 'ung linceul.

Después de escrito el presente estudio, hemos visto un artículo titulado *La Danza Macabra y el Dies iræ*, de D. Pompeyo Gené, publicado en la *Revista contemporánea*, tomo



Más adelante hemos de dar una breve idea de cómo la pintura prestó vida á este baile fantástico, porque así pueda apreciarse la completa unidad de pensamiento que dominó á cuantos en diversa forma interpretaron un tema tan simbólico y moral, que tan bien se resume en aquellas severas palabras que advierten á cada sucesor de San Pedro lo transitorio de la existencia de este mundo, al apagar súbitamente la antorcha encendida ante sus ojos: *Sic transit gloria mundi*.

Pasma considerar cómo el vivo recuerdo de la muerte llegó á sostenerse de una manera tan tenaz y unánime hasta venir á ser la expresión del espíritu dominante durante un largo período de la historia, en todas las clases sociales de distintas naciones, á pesar de sus varias costumbres y carácter. El pensamiento de la otra vida, envolviendo el del temor al castigo de las culpas, tan en su lugar despertado en el púlpito por los labios del orador sagrado ó por los del misionero de la fe cristiana; la severa amonestación de vivir aperecidos para la muerte, salieron de su natural paraje para convertirse á todo sér piadoso ó mundano, en todo lugar y á toda hora, en perenne advertencia de que *lo mismo se abre la tierra para el pobre que para los hijos de los reyes* (1), con su infinita variedad de forma, en sus lecturas, en sus espectáculos, en sus templos, en sus palacios, en sus tapicerías, y hasta en sus muebles y objetos de su uso.

La terrible imagen de los tormentos que se sufren bajo el poder de

#### L'imperator del doloroso regno,

como es llamado por el cantor de la *Divina Commedia* el espíritu del mal; la anhelosa espera de las almas que residen en el Purgatorio, y los goces inefables del Paraíso, se ofrecían en esa época con la imagen de la Muerte, inevitable predecesora de unos y de otros. El espectáculo pavoroso é imponente, tal como lo trazó Miguel Angel más tarde en su célebre lienzo del *Juicio final*, se hallaba ya con sus réprobos y sus justos y con toda su enérgica expresión y viveza, en la imaginación sobreexcitada, en la fantasía del creyente cristiano.

Por eso había surgido en aquellas edades mismas un genio sublime, un Dante, que acogiendo para asombrar con su inspiración el tema ó asunto de las obras piadosas y del canto de los poetas de su siglo, que ya hacían populares sus *Diálogos entre*

*el cuerpo y el alma*, emprendió su fantástica peregrinación con la luz de Beatriz, la perdida esperanza de sus amores, por el recinto de la desesperación, por *la ciudad doliente, el suelo de la esperanza*, y por las celestes regiones de la felicidad.

Es evidente la influencia que también debió ejercer esta clásica obra en los autores de la *Danza de la Muerte* en sus manifestaciones de todo género; y una prueba que fué así, ofrecen las pinturas del florentino Andrés Orcagna, que siguiendo los versos de aquel gran poeta, trazó con su pincel el *Infierno* y el *Paraíso*, y dominado por la misma inspiración, fué también el autor del *Triunfo de la Muerte*, que adornó los muros del cementerio de Pisa en el siglo XIV.

Aquella mezcla que se advierte en la *Divina Commedia*, en el infierno, en los lugares de expiación y en los de la recompensa, de los que en vida terrenal tuvieron suerte distinta, altivos ó humildes, poderosos ó débiles, pontífices, reyes, prelados, altas dignidades, personalidades célebres é históricas, y los que tuvieron en el mundo diversa representación; su igualdad absoluta en aquellas esferas, es la mezcla é igualdad que la Muerte presenta en su danza; como ejecutora de una misión piadosa y caritativa, puesto que advierte al pecador contumaz, al soberbio engreído, al usurpador de ajenos bienes, al olvidadizo de la virtud, que al ser llamado por ella, les aguarda irremisiblemente, á no sentir el arrepentimiento, aquel fiero gemir y padecer sin esperanza.

El constante recuerdo de la otra vida que inquietaba los ánimos de tal modo en la Edad Media, el insaciable afán del genio que consagraba entonces su inspiración á todo cuanto se refería á los misterios de la muerte, haciendo de éstos el asunto favorito de sus obras, influyeron á su vez, sin duda, en el mismo Dante al concebir su célebre poema. Las leyendas, las historias de los santos, donde existían terribles revelaciones para los vivientes de los tormentos del infierno; entre las primeras, la renombrada del *Purgatorio de San Patricio*, que data del siglo XII; las mismas representaciones escénicas ó misterios, en los cuales se exponían al pueblo los más terroríficos cuadros sobre el mismo tema, debieron en mucha parte exaltar la imaginación del cantor de Beatriz, y ser causa de que legara á la posteridad la obra que inmortaliza su nombre.

Antes de que el gran poeta la diese á luz, ya se ofrecía en el año 1304, en aquel misterio que atrajo tantos espectadores á las orillas del Arno y ocasionó que una parte de ellos perecieran en el hundimiento de su puente, al rebelde tentador ó á la Muerte misma, sino como la protagonista que fué más tarde de aquel baile fantástico, interviniendo en primer lugar en ficción tan pavorosa, donde

10, pág. 44. Hállanse en él noticias muy curiosas sobre el origen de esta *Danza* y de sus representaciones pictóricas en la Edad media en diferentes países, con otras consideraciones de carácter político-social sobre el origen de la misma idea simbólica que revela á juicio de su autor.

(1) Horacio. *Carmínium*, lib. II, oda XVIII.



figuraban los horrores de los tenebrosos abismos infernales.

Véase, pues, cómo cuando la fantasía del poeta ó del artista adjudicó á la Muerte la direccion de la *Danza* á que habian de concurrir todos los seres humanos, ya aquella existia personificada y presentándose cual interlocutora necesaria en los sombríos dramas cuyo asunto versaba sobre los misterios de la eterna vida, á la que se llega despues de rendir vasallaje á tan cruenta soberana del mundo.

### III.

Una de las más antiguas composiciones del género literario especial de que tratamos, entre las que cuentan otras naciones, es la atribuida por algunos con escaso fundamento al judío Rabbi Don Santo Tob, compuesta en la segunda mitad del siglo XIV. Titúlase este poema *Danza general de la muerte*, y se distingue de los de su clase extranjeros, en su tono y estilo graves y adecuados, y por ofrecerse exento de dichos y bufonadas impropias que no dejaban de caracterizar los de otros países. Existian, sin duda, en estos algunas composiciones de igual asunto anteriores á la española; y puede citarse, entre otras, la leyenda francesa del siglo XIII *Des trois Morts et des trois Vifs*, por su analogía con el mismo, en la cual se describe una vision tenida por el justo anacoreta de la Tebaida, San Macario (1). Ya en el siglo XV, y con el carácter de misterio ó representación dramática, se verificó en Paris una danza de la Muerte, teniendo por lúgubre escenario el cementerio de los Inocentes; espectáculo que, segun expresa un ilustre escritor francés, fué importado de Inglaterra (2). El bibliófilo Jacob, en su historia fantástica del siglo XV, *La Danza Macabra*, describe de un modo novelesco estas extrañas representaciones, verificadas en el año 1424 la primera, hasta el de 1429; siendo de notar la rara circunstancia de que entónces reinaba devastadora epidemia, y que los mismos espectadores que acudian á tan siniestro paraje á aplaudir las bufonadas ó terribles sentencias de la Muerte invadidos acaso del contagioso mal, no tardaban á su vez en ser los protagonistas de aquel popular regocijo.

No nos atrevemos á afirmar que la *Danza de la Muerte* española á que nos referimos, fuese representada: por su índole parece á algunos escrita con este objeto, y hasta en ella ven indicados los pasa-

jes que pudieran ser declamados ó cantados, así como aquellos en que se da lugar al baile. Júzgase, sin embargo, por otros que, aun considerándola el primer ensayo dramático español, carece de condiciones para ser representable.

A pesar de que este poema ha sido ya examinado y dado á conocer por algunos críticos de nuestro país, y detenidamente por el erudito autor de la *Historia crítica de la literatura española*, D. José Amador de los Rios, y contarse ya con varias reimpressiones del mismo (1), no dejaremos de exponer por nuestra parte, aunque con escasa autoridad para ello, el estudio que hemos hecho de tan notable rasgo de nuestra antigua poesía.

Adviértense desde luego en tal produccion, bajo el punto de vista literario, los adelantos que en el habla y en la versificación se iban alcanzando gradualmente en nuestra patria; y bajo el aspecto moral, el estado de nuestra sociedad de entónces, como quizás en ninguna otra composicion contemporánea suya, porque es una revelacion de las costumbres de cuantos ocupaban un puesto en ella, grandes ó pequeños, ricos ó menesterosos; ya los consagrados al servicio de la iglesia ó al de las armas, ya el hombre de carácter civil y otros personajes, tipos exclusivamente del siglo á que se refiere en la Peninsula española. Añádese á esta circunstancia, que le imprime un sello especial, otra no ménos digna de aprecio y que dejamos indicada, reconocida por aquellos que han cotejado la misma con las que han producido los poetas de otros países: la de hallarse exenta de ciertos rasgos groseros y de mal gusto que aparecen por lo comun en las últimas.

Da comienzo nuestro poema con un breve prólogo, que viene á ser el sumario del mismo. «La muerte, copiamos sus palabras, dise abisa á todas las criaturas que paren mientes en la breuidad de su vida e que della mayor cabdal non sea fecho que ella meresçe... e requiere á todos los estados del mundo que bengan de su buen grado o contra su boluntad.»

(1) Entre las reproducciones que se han hecho de esta *Danza de la Muerte*, recordamos la de Ticknor en su *Historia de la literatura española*, é incluida tambien en la traduccion al castellano de la misma, de los señores Gayangos y Vedia; la ya citada que se dió á luz en Paris por D. Florencio Janer en 1856, é incluida por el mismo en el tomo 64 de la *Biblioteca de Autores españoles*.—*Poetas castellanos anteriores al siglo XV*. Cita el Sr. Amador de los Rios en su expresada obra; una edicion desconocida de la *Danza de la Muerte*, hecha en Sevilla el año 1520. «Hasta veinticuatro nuevos personajes, dice aquel escritor, figuran en esta *Danza*, notándose entre las estrofas añadidas y las de la *Danza general*, aunque ya algo alteradas, considerable diferencia de lengua y estilo. Todo nos persuade á creer añade, que recibió esta manera de renovacion en la segunda mitad del siglo XV.»

(1) Aún anterior á esta leyenda es el poema de Tibaut de Merly, titulado *Vers sur la mort*, compuesto el siglo XII en la abadía de Notre Dame du Val. Su pensamiento es completamente análogo al que preside en las *Danzas de la muerte*: ante ésta acuden tambien en el mismo, todos los representantes de las jerarquías mundanas.

(2) El Vizconde de Chateaubriant.



La constante dominadora de la humanidad, cuyo feudo es la tierra, presentándose desde luego engreída de su poder, amonesta á todas las criaturas que son y serán en el mundo, que vivan apercibidas de sus sorpresas. Así lo hace saber lo mismo al mancebo valiente que al infante recién nacido y al anciano caduco, á quienes exhorta á un tiempo á hacer penitencia por sus culpas. Demanda en su apoyo la voz de un predicador que acude á excitar al cumplimiento de las virtudes *con bueno e sano consejo*.

Fased lo que digo, non vos detardedes,  
Que ya la muerte encomienza a hordenar  
Vna dança esquia de que non podedes,  
Por cosa ninguna que sea escapar.

Entónces la Muerte, poseída de su fuerza y del completo dominio que le es dado ejercer, convoca de este modo á la ineludible danza á los seres humanos:

Á la dança mortal venit los nascidos  
Que en el mundo soes de qualquiera estado,  
El que non quisiere a fuerça e amidos  
Faserle he venir muy toste parado.  
Pues que ya el frayre bos ha predicado  
Que todos bayaes a faser penitencia,  
El que non quisiere poner diligencia  
Por mi non puede ser mas esperado.

Dos hermosas doncellas son las que en primer lugar acuden á la voz de la Muerte, bien á su despecho. Ya, segun el anuncio del tirano esqueleto, no ha de halagarles el perfume de las flores, porque trocadas en breve sus galas en desnudez y su belleza en fealdad, serán presas del gusano roedor de los sepulcros. ¡Cuán terrible sorpresa en la edad florida de las ilusiones!

El Sumo Pontífice, que representa la jerarquía más alta en la tierra por su sagrado carácter, es llamado despues por la Muerte; obteniendo tan fatal preferencia como un debido homenaje á su dignidad. De nada sirve en este momento al gran prelado ceñir la tiara á sus sienes, quizás alcanzada en el humilde retiro de una celda. En tan duro trance, exclama:

Ay de mi, triste, que cosa tan fuerte,  
A yo que tractaua tan grand prelasía,  
Aber de pasar agora la muerte  
E non me baler lo que dar solia.  
Beneficios, e honrras e gran sennoría,  
Toue en el mundo pensando benir,  
Pues de tí, muerte, non puedo fuyr,  
Bal me Yhesucristo e la birgen Maria.

La inexorable cumplidora de sus sentencias, es insensible á los lamentos y las súplicas, y replica adustamente:

Aquí moriredes syn faser mas bolliçios.

Al Padre Santo sigue el Emperador. Cógele de improviso la llamada de la Muerte. ¿Quién á la altiva, á la poderosa majestad podrá defender contra tan invisible enemiga? Vano es que demande el auxilio de sus súbditos, porque al fin ha de resignarse, turbada la mente de pavor y mal de su grado, á ver el fin de sus grandezas.

Tócale su vez al purpurado Cardenal, á quien aflige el aviso de la Muerte. Esta responde con brusca rudeza á las quejas de todos. Al gran dignatario de la Iglesia recuerda sus ambiciosas miras.

Pensastes el mundo por vos trastornar,  
Por llegar a papa e ser soberano,  
Mas non lo seredes.

Niégrese el Rey, invitado despues al baile, á entregarse sin resistencia. Llama á sus caballeros para que le protejan con sus guardias. ¡Inútil recurso! Contra este poderoso de la tierra, prorumpen el sombrío esqueleto:

Rey fuerte, tirano, que syempre rrobastes  
Todo vuestro reyno o fenchistes el arca,  
De faser justicia muy poco curastes,  
Segunt es notorio por buestra comarca.  
Venit para mi, que yo so monarca,  
Que prenderé a vos e a otro mas alto,  
Llegat á la dança cortés en vn salto.

Este vano monarca no tenía sin duda presente aquel tan conocido recuerdo hecho á Sestio por Horacio, el gran poeta latino

Pallida Mors æqua pulsat pede pauperum tabernas;  
Regumque turres.

Descendiendo la escala social, llega la Muerte al Patriarca, quien, como los demas convocados, lamenta su infortunio; despues al Duque, que en vano demanda una próroga á su vida, pesaroso de dejar tan de súbito sus torneos, sus cacerías y sus placeres. Llégale su vez al Arzobispo, cuya conciencia le hace recelar los eternos tormentos, y ve con amarga pena llegada su última hora; le siguen el Condestable, á quien sorprende tan imprevista invitacion, y pide su caballo para huir de aquella danza temida, siendo reconvenido de la Muerte por su falta de valor y serenidad; el Obispo ágríamente tratado, y el Caballero no conforme con dejar sus brillantes



armas, sus tierras y mercedes reales, y concurrir

A tal danza negra de llanto poblada.

Lamenta en seguida el Abad, en tan cruelísimo trance, la pérdida de los sabrosos manjares de su mesa, y aféale su gula y sus vicios la sombría directora de la danza. El Escudero gime sus perdidos amores y su infortunio, al anunciarle el horrible esqueleto que su figura será idéntica á la que él ofrece en término cercano. El Dean se ve arrancado del coro, y apostrofado de rico avariento; y el Mercader, sorprendido cuando ha llegado á enriquecerse por malos medios y no sabe á quién dejar el lucro de sus empresas. Apenas al Arcediano el verse engañado por el mundo que le prometía mayor vida. El Abogado no íntegro; el Canónigo satisfecho de su bienestar; el Físico codicioso de ganancia más que de la salud del enfermo; el Cura á quien duele perder las dádivas de sus feligreses; el Labrador que sufrirá el castigo merecido si hurtó en tierra ajena; todos van pasando sucesivamente revista y concurriendo á la danza pavorosa.

Acude á su vez el Monje: es el primero que oye sin espanto el llamamiento de la Muerte.

Loor e alabanza sea para syempre

Al alto sennor que con piadad me lieua

A su santo Reyno a donde contemple

Por syempre jamás la su magestad.

De carçel escura vengo a claridad

Donde abré alegría syn otra tristura,

Por poco trabajo abré grand folgura;

Muerte, non me espanto de tu fealdad!

La sentenciosa Muerte le contesta:

Sy la regla santa del monge bendicto

Guardastes del todo syn otro deseo,

Sin dubda tened que soes escripto

En libro de vida segunt que yo creo.

Pero sy fesistes lo que faser veo

A otros que andan fuera de la regla,

Bida vos darán que sea más negra.

Sigue al Monje el Usurero, que se ve calificado de

Traydor vsurario de mala conçengia;

á éste el Fraile mendicante asaz vicioso; el Portero de maza, custodio de las puertas del Rey, cuya entrada no impide al que sabe abrirlas con el oro; el viejo Ermitaño que, á semejanza del Monje, sin repugnancia á morir, desea la piedad divina; el Contador nada escrupuloso; el Diácono; el Recaudador

falto de probidad; el Subdiácono; el Sacristan, dado á alegres y nocturnas aventuras; el Sacrit (sic), ó Rabbí *barbudo*, el Alfaquí, pertenecientes ambos á aquellas razas establecidas entónces en nuestro suelo, y el Santero, por último.

Tambien para los que no han desfilado en esta sombría procesion, hay una especial convocatoria de la Muerte. *Lo que dize la Muerte a los que non nombró.*

A todos los que aquí no he nombrado

De cualquier ley e estado o condyçion,

Les mando que bengan muy toste priado

A entrar en mi danza sin escusaçion.

Non rescibiré jamas exebçion,

Nin otro libelo nin declinatoria,

Los que bien fisieron abrán syempre gloria,

Los quel contrario abrán dapnaçion.

A lo cual dicen los que han de pasar por la Muerte.

Pues que asy es que a morir abemos

De nesçesidad syn otro remedio,

Con pura conçiencia todos trabajemos

En servir a Dios syn otro comedio.

Ca él es príncipe, fin e el medio

Por do sy le plase abremos folgura,

Avn que la muerte con dança muy dura

Nos meta en su corro en cualquier comedio.

En estos versos últimos se halla resumida la moralidad del poema. Notable es la viveza de colorido que anima á los diversos personajes que en él figuran, y sobre todo la satírica locuacidad de la Muerte. Adviértese asimismo cuán de relieve están presentados los vicios que los caracterizaban en su época, y con cuánto rigor se trata á aquella parte del clero que, olvidada de sus deberes por su desatentada afición á los bienes mundanos ó su conducta relajada, era objeto de repetidas censuras (1). Ciertamente es que en tiempos como aquellos en que se escribía el poema de la *Danza de la Muerte*, de con-

(1) Oportuno parece aquí el recuerdo de los versos que se encuentran en un curioso libro publicado en tiempo algo posterior al de la *Danza general* (el año 1508), por hallarse dichos también por la Muerte y contra los *prelados malos*. Tremendas son en verdad las culpas y escandaloso desorden en las costumbres de los mismos, que se hacen públicos y se reprenden en ellos. Titúlase esta obra, escrita toda en verso, *La vida y la muerte.—Altercacion, pleito y disputa, rencilla é cuestion contra la Muerte*; y fué su autor el reverendo padre fray Francisco de Avila, de la observancia de Menores. Es, en resumen, un prolijo y largo relato de la Muerte, sobre aquellos más ilustres personajes que ella misma llevó de este mundo y habia visto en el otro. También en él se amenaza á los que *son no muy lejos de ella*, y avisa que se den por emplazados.





tinuos disturbios civiles, bajo el azaroso reinado de D. Pedro, llamado *el Cruel*, se hallaban alteradas las costumbres sociales; agitándose, en medio del destiempo y la violencia de las pasiones desordenadas, la nobleza, los altos próceres, las gentes del clero y las de las clases populares, ménos comedidas de suyo, cuando no son guiadas por el ejemplo.

Obsérvase también en el poema castellano, que no es la Muerte el arlequin que, tanto en el *misterio* como en la pintura, ofrecen algunos de los que han producido obras basadas en este asunto. No es aquel payaso burlon que prepara sus bromas de mal gusto ó alguna truhanesca sorpresa á sus víctimas; no se presenta al cojo, con cruenta ironía, ostentando una pierna de palo, ni tañendo el violín como el músico á quien invita á danzar; ni rompe el cordón del perro que guía al infeliz privado de la vista al borde del hoyo en que debe caer, imitadora intencionada de la malignidad humana. No es así la Muerte de la obra del poeta español del siglo XIV: sus mandíbulas no gesticulan de un modo grotesco, ni ríen, provistas de sus dientes, sus picarescas y crueles astucias.

Hállase unido al mismo códice que contiene la *Danza de la Muerte*, y por algunos se tiene como del mismo autor, un corto poemita, cuyo título es *Revelación de un Hermitano*, escrito en igual clase de metro. No deja de tener analogía por su asunto, con la obra que lo acompaña. Este se reduce á la contienda que sostiene el Alma y el Cuerpo, la primera en figura de ave de blancas plumas que revolotea alrededor de aquél, sin vida ya y en estado de corrupción. Reconviene el Alma á estos despojos inanimados de haber sido causa de su condenación; y el Cuerpo á su vez culpa el verse roído de viles gusanos, á los *malos fechos* del Alma. Un ángel del Señor acude en auxilio de esta, y la salva dándole el triunfo. Termina la *revelación* con las reflexiones que hace la misma Alma contra las falsedades del mundo, los vicios que dominan todas las clases sociales y el vano orgullo de los engreídos por la suerte (1).

(1) En un curioso artículo literario publicado por el señor Marqués de Pidal en el año 1856, con el título de *Fragmento inédito de un poema castellano antiguo*, se trata del recién descubierto entonces, y que presume sea de principios del siglo XIII, ó tal vez anterior. Su asunto es el mismo que el de la *Revelación*, tan popular en todos los países en aquellos tiempos como el de la *Danza de la Muerte*: es un *Diálogo entre el Alma y el Cuerpo*. En la comparación de ambas composiciones, se advierten los adelantos de la lengua, la versificación y el estilo de la época en que floreció el autor del poema que examinamos. En el mismo erudito trabajo del expresado Marqués de Pidal, se da noticia de otros poemas del mismo género, notables por su antigüedad, escritos en otros idiomas. «En el siglo X, dice, ya la literatura anglo-sajona tenía un poema sobre este famoso tema popular, y después le hallamos en latín y en grie-

No dejaremos de reseñar en este paraje, del modo más sucinto posible, la ampliación que tuvo la misma *Danza de la Muerte* primitiva, en la edición dada á luz en Sevilla el año 1520, á que ya nos referimos (1). En esta hacen más extensa su introducción las estrofas de la Muerte; pero en cambio se suprimen las del Predicador, conservando una sola que dice la misma. También se advierten aumentadas las que se dedican á las Doncellas, para tener ocasión, sin duda, de censurar los afeites y perfumes que emplea la femenil presunción con el fin de embellecer el semblante, y sólo trayendo una vejez prematura.

Temiendo prestar una extensión inconveniente á nuestro trabajo, daremos una idea nada más de los nuevos personajes que llegan, después de los que conocemos, á presencia de la Muerte en la *danza* refundida.

Con ligeras variaciones, esta continúa lo mismo que la primitiva hasta llegar al Santero: todos los que le siguen son añadidos. El primero que se halla en este caso es el Juez, á quien, como á otras gentes de justicia, apostrofa la Muerte de apropiador malicioso de lo ajeno, en son de intérprete de la ley. No salen mejor librados el Escribano y el Procurador, á los que además de afearlos aquella iguales costumbres, los encuentra muy dados á las *puras mentiras*. En pos de estos, vienen el despierto y aprovechado Cambiador, el Platero, hábil en las falsificaciones; el Boticario mezquino, que malamente trueca en oro sus drogas y jaropes; el Sastre que, como todos los hasta aquí nombrados, posee desmedida afición á lo que no le pertenece; el mal hablado y brusco Marinero; el *Don villano* y ruin Tabernero, tan experto en armonizar el vino con el agua; el Mesonero, no ménos escrupuloso; el Zapatero y el Borceguinero, ambos estafadores por su poca conciencia al dar por buenas las obras de su oficio.

También es llamado por la Muerte, con cruel exigencia, el truhan Tamborino, á quien manda acudir á la danza dando muestras de su agudeza y donaire. Suceden á este último, el Tahonero, no observador del precepto santo en el día festivo; el Ciego,

go de los tiempos medios en anglo-normando, en inglés, en provenzal, en francés, en alemán, en holandés, en italiano, en dinamarqués y en sueco».

(1) Encuéntrase reproducida en las *Ilustraciones* del tomo VII de la *Historia crítica de la literatura española*, del Sr. Amador de los Ríos, poseedor de una copia sacada de la imprenta que se halla en Roma en la Biblioteca de la Sapienza. Fué publicada en la ciudad y año expresados, por Juan Varela de Salamanca. Lleva la primera de aquellas notas ó ilustraciones el epígrafe siguiente: «Sobre la tradición poética de la *Danza de la Muerte* hasta principios del siglo XVI», y contiene algunas muy curiosas noticias, aunque en resumen, sobre varias producciones de este género.



que no gozando del mundo, se resigna humildemente á su fin inmediato. No son olvidados los que comercian con el culpable propósito de alcanzar un lucro indebido (1). Estos dan término al extraño baile entre el malicioso Bordonero y el Corredor, diestro en los engaños.

Tales son las nuevas figuras que ofrece la edición hecha en Sevilla. Imítase en toda la parte adicionada el lenguaje, estilo y versificación de la que le antecede. Las estrofas del final son las mismas de la primera, aumentadas con dos, donde se aconseja la conducta que debe observarse para obtener la eterna felicidad.

Estas obras del ingenio, tan importantes en la historia de nuestras letras, demuestran un estudio cumplido de las flaquezas del corazón humano.

ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES.

(Continuará.)

## HISTORIA

### DE LA REVOLUCION DE RUSIA EN 1762.\*

(Continuacion).

Desde que Munick habia hecho prisionero á Birren, disputándole la supremacia, no volvieron á verse ambos hasta encontrarse una ocasion entre la multitud alegre y bulliciosa que rodeaba al emperador Pedro, el cual, habiéndolos llamado á su presencia, trató de persuadirlos á que olvidasen la pasada querrela. Al efecto hizo traer tres copas para brindar juntos; mas, como en el acto de tomar la suya, llegase una persona y le hablase al oido, bebió el Emperador escuchando al mensajero, y salió al punto, sin advertir que allí quedaban frente á frente los dos antiguos rivales, copa en mano, silenciosos y fija la vista en la puerta por donde habia desaparecido. Al cabo de un espacio, satisfechos ambos de que el autócrata los hubiese olvidado, se miraron de alto á bajo, y dejando las copas sobre una mesa, se volvieron la espalda.

Veíase cerca de ellos al conde Lestock, que derrocó á la regenta y puso la corona en las sienes de Isabel. Habia nacido en los Estados de Hannover, estudió cirugía en París, pasó algun tiempo en la Bastilla, fué á Rusia á buscar fortuna, y de allí á poco salió desterrado camino de Siberia. Obtuvo el perdón, y al regresar á San Petersburgo, como

la princesa Isabel le nombrase su médico de cámara, él trató de persuadirla y convencerla de que tenia derechos á la corona, y trabajó por espacio de un año en formarle un partido, logrando con su solo esfuerzo interesar en el asunto á la Suecia y la Francia. Pero, descubierta la conjuración sin que Isabel, al verse en tan inminente peligro, imaginara otro recurso sino el de abandonar todos sus proyectos, dibujó Lestock sobre un naipé á la princesa con la cabeza afeitada y él en la rueda, y al reverso las mismas figuras, solo que la de Isabel estaba en el trono, con todos los atributos de la realeza, y la suya en las gradas con una banda sobre el pecho; y mostrándole ámbos lados la dijo: «Así esta noche, ó así mañana.» Aquella noche la condujo á palacio, escoltada por 100 veteranos que habian servido en tiempo de Pedro el Grande, padre de Isabel; y como al llegar al primer cuerpo de guardia comenzara un tambor á tocar la alarma, Lestock ó la princesa rompieron la caja de una euchillada, acto de valor y serenidad que despues se disputaron los dos, y sin más obstáculo, penetraron hasta la antecámara del Emperador, que dormia en la cuna. El centinela que guardaba la puerta detuvo entonces á la princesa, poniéndole la bayoneta al pecho, pero Lestock le gritó: «¿Qué haces? ¡pide gracia por tu vida á la Emperatriz!» Y el soldado cayó de rodillas. Una vez asentada en el trono la princesa á quien servia, y dominado siempre por su carácter intrigante, quiso seguir tratando con las naciones extranjeras, y fácilmente lo perdieron los ministros. Cuando á su vuelta estalló la conjuración de la emperatriz Catalina, fué indescribible su pena al ver que habia podido verificarse una revuelta sin que él tuviese parte en ella, y se vengaba poniendo al descubierto con maligna intencion las imprudencias cometidas por los inexpertos conspiradores.

De esta manera llegaban cada dia á San Petersburgo personas interesantes por el papel que habian representado en épocas anteriores, y tambien por sus vicisitudes y desgracias, llenándose la corte de Pedro III de una multitud que le debia más que la vida; mas tambien al propio tiempo se llenaba de antiguos odios, de enconados resentimientos y de inconciliables intereses que habian de vivir siempre en perpétua lucha. Todos aquellos hombres, despojados de sus bienes en la época de sus desgracias, pedian la restitucion de lo suyo; y entónces se les llevaba á unos almacenes inmensos, en los cuales, conforme á la costumbre del país, se guardaban las confiscaciones; tristes depósitos de la ruina de las familias, donde se veian clasificados, segun el orden de los tiempos, los despojos de célebres naufragios. Y buscaban allí, entre el polvo, sus muebles más preciosos, sus alhajas, sus placas de brillante pedrería, los presentes con que otro tiempo habian

(1) Estos vendedores de falsa balanza, son la Panadera, la Rosquillera, el Melcochero, el Especiero, el Carnicero y la Pescadora.

\* Véase el número anterior, pág. 683.



ganado su favor los mismos reyes, aconteciendo no pocas veces que, al cabo de inútiles pesquisas, reconocían aquellas cosas en poder de los favoritos del último reinado.

### III.

Marchaba Pedro III á su ruina, poniendo en ejecucion proyectos buenos en sí mismos, y tanto es así, que la mayor parte de las cosas que lo perdieron, solo deben reputarse faltas de prudencia, puesto que luego las realizó Catalina con éxito y con gloria. Inútil era para el bien de su Imperio despojar al clero de los bienes inmensos que poseía, y despues de su muerte, ella, que supo atraerse las voluntades de algunos individuos importantes de la Iglesia, dándoles en pensiones particulares mucho más que les quitaba en propiedades con ocasion del despojo general, llevó á término feliz la peligrosa empresa. Pero Pedro, que la dispuso y acometió por un acto despótico, sin tomar ninguna medida de precaucion, alarmó la temerosa conciencia de sus pueblos, y los sacerdotes, cuya principal hacienda consistía en esclavos, los excitaron á la guerra, prometiéndoles á los sediciosos rezos y absoluciones.

Catalina (1) ha fundado el crédito y la reputacion de que goza en Europa, y la autoridad que ejerce en los Estados vecinos de su Imperio, sobre sus alianzas con el rey de Prusia, y esas alianzas, obra de su marido, excitaron contra él justa indignacion. En efecto, mientras que la Rusia, ligada con las grandes potencias de Europa, sostenía con el rey de Prusia una guerra tenaz y sangrienta, enloquecido Pedro de su pasion por el heroísmo, tomó secretamente el título de coronel á su servicio, y por él hizo traicion á todos los secretos de la alianza. Apenas fué proclamado Emperador, lo llamó públicamente «el rey mi soberano,» y entónces fué cuando aquel héroe que se acercaba al término fatal de su carrera, sin que sea dado imaginar cómo hubieran podido impedirlo las extraordinarias cualidades de su ingenio, vió de improviso, y merced á esta feliz casualidad, restablecida su fortuna, y á los rusos, sus vencedores, engrosar las filas de su ejército, lo cual pagó dando al moscovita la faja de general prusiano. Pero al obedecer la nacion rusa los desvarios de su Emperador, se indignó de que la impusiera el sacrificio de más sangre para borrar con ella el brillo de las pasadas victorias, y habituada desde muchos años atrás á odiar el nombre prusiano, ya no vió en Pedro III sino un aliado de los enemigos de la patria.

Empeñado Pedro en proseguir el camino de su

(1) Conviene tener presente que esto se escribía por el autor en vida de la emperatriz.—(N. del T.)

perdicion, envió al Senado las nuevas leyes, cuya coleccion se llama Código Federico, y que el rey de Prusia hizo para sus Estados, decretando su observancia en todo el Imperio; mas ya sea ignorancia de los traductores, ya que la lengua rusa carezca de expresiones para todas las ideas del derecho, no se halló senador que pudiera comprender la obra, y los rusos atribuyeron la tentativa del autócrata reformador á desprecio manifiesto de sus costumbres y necio entusiasmo por las extranjeras. A decir verdad, no parece que debiera de haberse mostrado la nacion tan asida á sus tradiciones en esta circunstancia, cuando carece de leyes, y es en ella forma usual y admitida en los procesos criminales pegar al acusado hasta que declara, y, si persiste en negar, hacer lo propio con el acusador hasta que retracta su testimonio. Ni tampoco el soberano hacía otra cosa que cumplir su deber, procurando arrancar el pueblo á la barbarie; pero el hecho es que por su impremeditacion ó su torpeza en el planteamiento de la reforma, fracasó; y toda vez que vemos seguir el mismo desgraciado rumbo á cuantos desig-nios tuvo y quiso locamente poner en ejecucion, aconteciendo que despues su esposa los realizó con prudencia y sabiduría, lícito será creer que fueron concertados entre ellos en la época de su intimidad. Pero dejemos á los políticos la tarea de comparar dos tan diversas administraciones, aunque asentadas sobre los mismos principios; de observar cómo Catalina, al romper con todas las costumbres rusas, puso tan esmerado empeño en que se olvidara su origen extranjero, y de examinar, en fin, si las mismas tentativas que perdieron al Emperador no han facilitado á su inmediata sucesora el planteamiento de los proyectos en que siempre fracasó él tan lastimosamente.

Pronto llegó el descontento á las tropas de la guardia, en cuyas manos estaba verdaderamente la sucesion de la corona; porque, habituados los regimientos que la componían, desde hacía muchos años, al tranquilo servicio del palacio bajo el Imperio de las mujeres que habían reinado hasta entónces, como recibieran la orden de seguir al monarca á una guerra lejana, aun cuando se aprestaban á obedecer, era bien á su pesar, cosa que en la milicia se halla muy cerca de la insurreccion, y es siempre favorable á quien trata de sublevarla. En efecto, trataba el Emperador de conducir las al Holstein, resuelto á emplear su nuevo poder en la venganza de las injurias que sus antepasados tenían recibidas de Dinamarca, y en restituir á su patria su extension é independenciam; siendo para él lo mas halagador de cuanto pudiera sucederle en esta empresa, la entrevista que de paso celebraría con el rey de Prusia. Estaba ya designado el lugar de la conferencia, y todos los Estados comenzaban á temer que,



abusando el héroe alemán de su ascendiente sobre su fanático admirador, no tuviera pronto Federico bajo sus órdenes un nuevo ejército de 100.000 rusos.

La Europa entera, recelosa y atenta, fijó su atención en el Norte, viéndose amenazada de una revolución.

#### IV.

Entre tanto, la capital no parecía ocuparse sino de fiestas y espectáculos, haciendo en medio de las solemnidades de la paz los preparativos de la guerra. La licencia imperaba en el palacio, y parecía que al acercarse la salida de las tropas, y con esta el momento de la separación, temía la corte poner un solo día de intervalo entre los placeres.

El pueblo ruso es perezoso, alegre y disóluto; y aun cuando la dulzura del último reinado había impreso cierta urbanidad, decoro á las costumbres y elevado un tanto los espíritus, no estaban aún lejos los tiempos en que la bárbara corte moscovita celebró con fiestas el casamiento de un bufón con una cabra. Así es que la nueva corte, cediendo fácilmente al impulso que la imprimía el soberano, tomó el aspecto de un campamento en regocijo, pudiéndose afirmar que los seis meses del reinado de Pedro III fueron un festín no interrumpido.

Veíase á todas horas lleno el palacio imperial de muy hermosas mujeres que se embriagaban de cerveza inglesa y humo de tabaco, sin que el monarca les permitiese volver á sus casas ni un solo instante, y que, rendidas de cansancio y de fatiga, se dormían en los sofás en medio del estruendo de las orgías.

Comediantas y bailarinas extranjeras concurrían á las veces también á estos públicos festejos; y cuando las damas de la corte se quejaron de ello al Emperador por conducto de su favorita, les contestó Pedro «que no había rango entre las mujeres;» y siguió el escándalo como antes. Pero aun en medio de la licencia de aquellas bacanales, hasta en sus más íntimas familiaridades con los rusos, siempre y en toda ocasión les mostraba torpemente su desprecio, haciéndolos objeto de perpétuas burlas.

Mezcla confusa y rara de justicia y malas costumbres, de ineptitud y grandeza, ofrecía su corte, y así se le vió castigar cierta ocasión de su propia mano á dos de sus más caros favoritos por haber vendido su valimiento con él, pero guardando para sí el precio de su venalidad, y seguir luego dispensándoles el mismo favor de antes; é imponer una pena á cierto extranjero que le denunció una trama sediciosa después de haberle dicho que detestaba á los delatores.

Y como á las orgías sucedían los violentos ejer-

cicios militares con que fatigaba á sus soldados, y su manía bélica era sin tasa ni medida, y quería que de antemano un perpetuo estruendo de artillería le representase la guerra, de este modo su pacífica corte parecía en toda ocasión ciudad sitiada por ejército enemigo, llegando una vez al extremo de mandar que disparasen cien cañones á un tiempo para darse el placer de oír el estampido, empeño del que cedió al fin en fuerza de haberle representado sus generales que podía desplomarse la capital.

Levantábase á veces de la mesa, y puesto de rodillas, copa en mano, delante del retrato del rey de Prusia, dando grandes voces, decía: «Hermano mío: juntos conquistaremos el universo.» Pero no sólo era entusiasta de Federico, sino también de su enviado, al que dispensaba extraordinario favor según su manera excéntrica, como lo demuestra el hecho de que, habiéndose propuesto ponerlo en posesión de todas las bellezas de la corte, antes de partir para la guerra, sin que fueran parte á desviarle de su empeño las razones que aduciría el diplomático alemán, lo encerraba con ellas y se ponía de centinela en la puerta, desnuda la espada y marcial el continente. En esta actitud lo encontró el gran canciller del Imperio que llegaba para darle cuenta de un negocio de Estado, y le contestó: «Hablad con el príncipe Jorge, que ahora soy soldado.»

El príncipe Jorge, de la casa de Holstein, era uno de sus tíos, que había sido teniente general en Prusia, y el Emperador solía decirle públicamente: «No eres buen militar cuando el rey te ha despedido de su ejército.» Pero sintiera ó no menosprecio por su pariente, lo cierto es que todo se lo confiaba, cediendo sin duda al afecto de familia; que en los momentos en que fué destronado, quería conferirle la soberanía de Curlandia, después de haber hecho que Biren le cediera lo que él llamaba sus derechos al ducado; y que, desde su elevación al trono, y por un acto de honrada ligereza, llamó á su corte, bien á pesar de los rusos, á los príncipes y princesas de su numerosa estirpe.

Con esto, se hallaba concentrada y fija la atención de todos en la Emperatriz; pero la princesa, exteriormente tranquila y aislada en apariencia, alejaba con su conducta y su aspecto las sospechas de los más suspicaces. Durante los funerales de la emperatriz difunta, logró hacerse amar del pueblo por su escrupulosa devoción y la fidelidad y el rigor con que observó las prácticas de la religión griega, más llena de ceremonias y exterioridades que de moral. Dábase á querer también de los soldados por el único medio que su soledad le permitía, dirigiendo bondadosas palabras á los centinelas y permitiéndoles besar su mano.



Una noche que atravesaba una galería oscura, como la saludara el centinela presentándole las armas, y ella le preguntase en qué la había conocido, el soldado le contestó en el estilo ruso, que tanta semejanza ofrece con el oriental: «¿Quién no te reconocerá, madre nuestra, si todo lo iluminas á tu paso?»

Envió una moneda de oro al veterano, y su emisario hizo de él un faccioso. Y como la maltrataba el Emperador, cada vez que se veía en la necesidad de presentarse en público parecía esperar verse objeto de las mayores violencias; ocurriendo en más de una ocasión que diera, en apariencia á pesar suyo, libre curso á sus lágrimas, procurando por este medio mover á piedad los ánimos y atraerse las voluntades. En tanto sus partidarios secretos discurrían por la ciudad, extendiendo el rumor de sus peligros, ella parecía, en efecto, reducida á tal abandono, tan falta de prestigio, tan desprovista de autoridad hasta en el interior de palacio, que sus criados no la servían sino por afecto personal.

Los que pretendan deducir sus designios de sus peligros, y justificar, tal vez, su osadía con su temor, preguntarán cuáles eran las intenciones de su marido respecto de ella. Pero ¿cómo poder precisarlas con exactitud? Porque Pedro no era hombre que tuviese fijeza en los propósitos, sino impulsos peligrosos. Lo que sí es lícito asegurar es que había pensado restituir á la libertad al desgraciado Ivan, reconociéndolo al propio tiempo como heredero de la corona, y que, con este fin, dispuso lo trajeran á una fortaleza vecina de San Petersburgo, donde lo visitó; que hizo venir del extranjero al conde Soltikof, aquel primer amante que la pretensa necesidad de asegurar la sucesión impuso á la Emperatriz, y que lo apremiaba para declararse públicamente padre del Gran Duque, con lo cual parecía resuelto á excluir á este niño; y que su favorita comenzaba á mostrar desmesuradas ambiciones. En palacio se hablaba de descasar á las jóvenes damas de la corte que tuvieran justas quejas de sus maridos; y el Emperador acababa de encargar secretamente doce camas iguales para doce bodas que se verificarían en breve, sin que se pudiera prever ninguna. Pero ya todas las conversaciones no eran sino quejas, murmullos, palabras entrecortadas de gentes que buscaban así el medio de sondearse mutuamente. Al encontrar á la Emperatriz en sus paseos solitarios, fácil era el advertir que su aspecto nada tenía de triste y melancólico, pero sí de concentrado y pensativo; y una vista penetrante hubiera reconocido al punto en su rostro esa calma y tranquilidad aparentes bajo las cuales se ocultan los grandes designios. Circulaban entre el pueblo rumores sediciosos, difundidos con habilidad para disponerlo á un levantamiento. Sentíase la sorda agitación que

precede á las tempestades; y el público esperaba con inquietud que un suceso repentino cambiase la faz de las cosas, al oír por todas partes que la pérdida de la Emperatriz era cierta, y al notar por los síntomas que se preparaba una revolución. Pero, en medio del interés general que infundía la Emperatriz, lo que hacía temblar por ella era el verla sin punto alguno de apoyo en aquellas difíciles y por extremo azarosas circunstancias: echábase de menos un jefe que la sostuviera; y la debilidad de los grandes, y la falta de energía de los hombres conocidos hacían que nadie se fijara en ninguno. Y en verdad que todo aquel movimiento y agitación eran producidos por un hombre, hasta entonces ignorado y oscuro, en quien no era fácil poner la atención para obra semejante.

Orlof, el hombre más hermoso del Norte, de mediano nacimiento, noble si se quiere porque poseía cierto número de esclavos, y cuyos hermanos eran soldados de la guardia, fué algún tiempo atrás designado por el gran maestro de artillería, el más fastuoso de los rusos, para ser uno de sus ayudantes. La costumbre del país requiere que los generales conserven en toda ocasión sus ayudantes, los cuales, en tiempo de paz, pueblan sus antecámaras, siguen sus carruajes á caballo, y forman la sociedad íntima de sus casas. Ya he dicho que Orlof era muy hermoso, y esta cualidad precisamente, que tanto influyó para su elección, tardó poco en ser causa de su desgracia; porque la princesa Kourakine, una de las bellezas más notables de la corte, y cuyo color trigueño y ojos negros, viveza de carácter y lozanía de aspecto habían subyugado al gran maestro, cediendo á los impulsos del corazón, hizo dueño al ayudante de los encantos que tenían prisionero al general. Y aunque era este demasiado vano para demostrar celos, le fué forzoso, al fin, rendirse á la evidencia. Despidió entonces á su rival, y se hallaba Orlof á punto de salir desterrado para Siberia, cuando una mano invisible se interpuso en el camino de su desgracia y lo salvó: era la de Catalina. Porque, como el rumor de la aventura hubiese llegado hasta el apartado retiro en que vivía desde antes de morir la emperatriz Isabel, y cuanto se dijera de tan simpático personaje le pareciese merecedor de tomarlo bajo su protección, así lo hizo, con tanto más empeño sabiendo que podía recibirse sin verlo antes el galán que hubiera sido predilecto de la princesa Kourakine, cuyo buen gusto era universalmente reconocido. Una criada de servicio, experta y de toda su confianza, llamada Catalina Ivanonwena, manejó la intriga y tomó aquellas precauciones que los grandes peligros y



temores pueden sugerir, y de esta manera Orlof llegó á ser amado de una hermosa para él desconocida, sin sospechar siquiera la importancia de su conquista cuando ya era el más venturoso de los hombres. Tanto es así, que sería difícil averiguar si lo fué más el día en que, en medio de la pompa y aparato de una ceremonia pública, vió asentada en el trono y reconoció en ella á la que amaba secretamente y habia sido hasta entónces su dama incógnita.

Empero su vida siguió siendo todavía oscura. Ya fuese inclinacion, costumbre ó propósito, no vivia sino con los soldados; y cuando á la muerte del general su perseguidor, obtuvo para él Catalina el cargo de tesorero de artillería, oficio que le daba el grado de capitán, no cambió por eso de sistema, y la caja, cuyas llaves tenía, solo sirvió para ganarle más amigos entre las clases de tropa; poniendo solo especial cuidado en seguir por todas partes á la señora de sus pensamientos, y en hallarse siempre á su vista.

Sin embargo, ningun empeño amoroso se ha manejado nunca con más disimulo, arte y reserva que éste, pues con ser la corte de San Petersburgo recelosa por extremo, jamás fué sospechado de nadie; y sólo cuando Orlof subió de repente al rango supremo, confesaron los cortesanos que ellos se tenían la culpa de no haber descubierto á tiempo la intriga, recordando signos de inteligencia que pasaron desapercibidos y otras mil circunstancias que hubieran debido ilustrarlos y en las cuales no hicieron alto.

Resulta, pues, de tan tardías observaciones, que los amantes tuvieron largo espacio el placer de entenderse sin que su mutua inteligencia fuera sorprendida por nadie, y que así como decimos vivia Catalina, en tanto que la Europa entera ensalzaba la noble altivez de su corazon y su constancia en cierto modo romántica y dulcemente poética.

La princesa de Aschekof es la menor de tres hermanas célebres, siendo la primera la condesa Boutourline, cuyos viajes han dado á conocer en tantas partes las de su belleza, su ingenio y sus aventuras amorosas, y la segunda, Isabel Woronsof, la favorita que Pedro III eligió entre las damas, ó, mejor dicho, entre las meninas de palacio.

Sobrinas eran las tres del nuevo gran canciller, que habia logrado medrar hasta ese extremo su fortuna, llegando á tan alto puesto al cabo de treinta años de perseverancia, de servicios y de habilidad, y gozaba en el lujo y el desórden del fruto de su trabajo, sin ocurrírsele dar otra dote á sus pupilas que su favor y valimiento con el monarca. Las dos primeras habian sido establecidas en palacio, y la más jóven se educaba á su vista, en su propia casa.

Y como frecuentaban los salones del gran canciller todos los ministros extranjeros, ella, desde la edad de quince años, no gustaba de particularizarse y departir largamente sino con los de las repúblicas; hacia la oposicion en alta voz al despotismo ruso, y anunciaba su propósito de irse á Holanda, cuya libertad civil y tolerancia religiosa le parecian dignas de los mayores elogios. Su pasion por la celebridad parecia más grande aún. Merece tambien que consignemos de paso que en un país en el cual el uso de pintarse el rostros las mujeres se halla tan generalizado que hasta las pobres piden limosna con colorete en las mejillas; que cuando en la lengua rusa la palabra *rojo* es la expresion más gráfica para significar belleza, y que entre los regalos que los pueblos deben á sus señoras, exige la etiqueta que haya siempre un bote de blanquillo, la jóven Woronsof manifestó á los quince años su repugnancia por estos afeites, diciendo que no los usaria en su vida.

No servirá ménos que este detalle para dar á conocer el carácter de la princesa la anécdota siguiente. Requeríala de amor en cierta ocasion y la tenía estrechamente cercada de galanterías un tanto expresivas, segun la manera rusa, el príncipe Aschekof, cuando ella, comprendiendo el alcance de sus palabras y el partido que podria sacar de ellas, llamó al gran canciller y le dijo: «Hé aquí al príncipe de Aschekof, que me pide en matrimonio.» Y como en rigor esto era verdad, y el jóven no fuese osado á declarar al primer personaje del Imperio que sus propósitos en órden á su sobrina no eran tales precisamente, la dió su nombre; pero la envió á seguida á Moscow, á doscientas leguas de su lado, y allí pasó dos años la recién casada princesa recibiendo en sus salones á cuanto habia en la antigua corte de los Czares de más ilustrado y merecedor por las dotes del espíritu. Entretanto, su hermana, la favorita de Pedro, vivia soldadescamente, sin ser útil á los suyos, que se habian propuesto gobernar por ella al Emperador, y que la veían, por sus caprichos y cortos alcances, frustrar todos sus desig-nios. Y recordando entónces las amables cualidades de inteligencia que adornaban á la de Aschekof, y que estos cortesanos calificaban de acierto y habilidad, pusieron en juego sus recursos para que volviese á San Petersburgo, persuadidos de que, merced á su talento é intrigas, iban á dirigirlo y dominarlo todo. Hallábase la corte á la sazón en una casa de campo, y la princesa vió con tan señaladas muestras de disgusto aquella manera de vivir de su hermana, envuelta en nubes de humo de tabaco y rodeada de jarros de cerveza, obra de su amigo el Emperador, que se recogia á las habitaciones de Catalina y pasaba con ella, en la soledad, dias enteros. Departian en aquellas largas horas de aisla-



miento y se comunicaban sus ideas, mostrando ambas igual horror hácia el despotismo; y como creyese la de Aschekof haber descubierto en el corazón de la Emperatriz los sentimientos que reboaban del suyo y que tanto anhelaba en un soberano de su patria, mientras todo en Pedro le infundía repulsion, hizo lo contrario de cuanto querian sus parientes, los cuales la obligaron á dejar aquella residencia; pero ya tan entusiasta partidaria de su soberana, como indignada y despreciativa con los suyos. Se detuvo en San Petersburgo, donde vivió muy retirada, recibiendo más á los extranjeros que á los rusos, y ocupando la incansable actividad de su genio ardiente en el estudio de las ciencias más elevadas; y al observar desde el primer golpe de vista cuán atrasados se hallaban sus compatriotas en ese camino, manifestaba en toda ocasion que no sería nunca parte á detenerla ni ménos á desviarla de sus propósitos de ilustrarse el temor del cadalso. Despues, cuando vió á su hermana Isabel á punto de asentarse en el trono, al lado de Pedro III, aborreció más á los suyos, y la puso espanto una elevacion á la cual no podía llegar su familia sino haciendo perecer á su amiga Catalina; y si no mostró violencia en sus quejas, fué porque desde aquel momento sus ideas se fijaron, tomando una direccion invariable.

## VI.

Tales eran, en medio del general abandono y la manera de olvido en que se hallaba la Emperatriz, las dos personas sobre quienes más influencia ejercia, y cuyo afecto la pertenecia más completamente; y como fuesen desconocidas una de otra, Catalina condujo de frente dos conjuraciones á un mismo tiempo, manteniéndolas separadas, y esperando por medio de la una la sublevacion de la guardia, y de la otra la convocacion de los grandes.

Para tramar la conjuracion, no habia menester Orlof de otra cosa sino es proseguir su mismo género de vida. Sus primeros cómplices fueron sus hermanos y su íntimo amigo Bibikof; y estos cinco hombres, seguros de su fortuna ó de su muerte, vendieron todo cuanto poseian sus familias y se repartieron por las tabernas.

La caja de artillería, cuya llave habia puesto hábilmente Catalina en manos de Orlof, les procuró más dinero, y con él acudieron á satisfacer las pasiones de los soldados, siéndoles fácil, en el estado general de los ánimos, imprimirles un movimiento comun. Llevaron, pues, á los cuarteles el descontento y la sedicion, inspirando lástima hácia la Emperatriz y deseo de vivir bajo su autoridad; y para estar seguros del primer golpe de mano, ganaron dos compañías completas del regimiento de guardias

denominado *Ismailof*, haciendo jurar á los soldados sobre el Crucifijo. Además de esto, y en prevision de lo que pudiera ocurrir, quisieron asegurarse de su coronel, sabiendo que, por su carácter, no pensaria ni en ser traidor ni jefe de la trama. Era este el conde Rozamouski, simple cosaco que, desde los oficios más humildes en que ganó su vida en un principio, habia llegado, merced al casamiento de su hermano con la difunta Emperatriz, á gozar de tan alto favor, que para él se restableció la temible plaza de *Hetman*, ó capitán soberano de los cosacos. De colosal estatura, hermoso de rostro, muy despreciador de las intrigas palaciegas y de todos los negocios y ocupaciones, habia logrado hacerse agradable á la corte por su esplendidez, ser tratado por el Emperador como un favorito y gozar del amor del pueblo, porque, en medio del fausto y los honores, la sencillez de su conducta parecia indicar que no se olvidaba de la humildad de su origen: inútil para dirigir una conjuracion, su presencia en un alzamiento podia determinar á la multitud, inclinándola del lado que fuese su voluntad. Orlof, que no le conocia ni de vista, se atrevió á pedirle una conferencia secreta, y en el curso de la conversacion supo exponerle con tan vivos colores el cuadro de los desórdenes del gobierno, que alcanzó fácilmente la promesa de sus labios de estar dispuesto á ponerse á las órdenes de la Emperatriz en el momento que lo llamase. Rozamouski no pidió ni dió otra clase de compromiso. Orlof, por su parte, daba cuenta cada dia á la Emperatriz del estado de las cosas en sus siempre ignoradas entrevistas, las cuales se libraron por este medio de la maledicencia de la corte y de la murmuracion de los soldados; y aún cuando Catalina se hallaba entónces preocupada é inquieta con un embarazo, que no ha querido nunca confesar despues, el mismo misterio cubrió su amor y su rebeldía.

Por otra parte, la Emperatriz habia cultivado una muy asidua correspondencia con la princesa de Aschekof; y este comercio epistolar, que fué largo espacio mero pasatiempo de dos almas juveniles, se convirtió poco á poco en nueva urdimbre de la conjuracion. Comenzó la princesa por hacer dar á su marido una lejana comision, ya para no verse obligada á comunicarle la trama, ya para no exponerlo á los peligros que iba á correr; y fingiendo luégo una dolencia, con el pretexto de tomar las aguas se instaló en una casa de campo vecina de la ciudad, donde, con holgura y sin temor de miradas indiscretas, recibia á las personas que, sin hacerse desde luégo sospechosa, no hubiera podido ver en su palacio de San Petersburgo.

Á la primera indicacion le prometieron los jefes del clero metropolitano, y especialmente el arzobispo de Novogorod, cuanto quiso de ellos; y como



al sondear á los grandes los halló predispuestos é inclinados á su causa, tal vez por simpatía ó por consecuencia de anteriores intrigas de la Emperatriz, no tuvo más que hacer con esta clase importante sino reanudar interrumpidas relaciones. El único personaje cuya posición hacía necesario á las dos tramas, así á la de Orlof como á la de la princesa, era el conde Rozamouski; pero cierta y segura la Emperatriz de su concurso en caso necesario, tuvo cuidado de prevenir á la de Aschekof «que no era preciso hablarle; que hacía muchos años le había ofrecido ponerse de su parte cuando lo quisiera; que lo conocía lo bastante para tener fe en su palabra, y que bastaría prevenirlo momentos ántes de necesitarlo.» Estas palabras, que parecían anunciar la más prudente reserva y la más generosa confianza, y que debían ser tan fácilmente creídas por la joven emisaria de Catalina, la desviaron sin esfuerzo alguno del único camino en que hubiera podido apercibirse de que no era sola en la obra emprendida. Pero un interés inconciliable con los designios de la Emperatriz y la princesa, les oponía un obstáculo insuperable al parecer.

Venía este peligro de que Catalina quería convertir en provecho propio la injuria que el Emperador había inferido á su hijo, no designándolo para sucesor, y trataba de asegurar la corona para sí, ya fuera por ambición personal, ya porque de esta manera el Gran Duque vería también incontestablemente fijado su derecho al recoger la herencia de su madre. A su vez el conde Panine, ayo del joven Gran Duque, á quien el interés de su medro personal, unido al de su pupilo, había hecho entrar de lleno en la conspiración para derrocar á Pedro III, quería que la corona pasara inmediatamente de las sienes del Emperador á las de su heredero natural, quedando sólo á Catalina la regencia.

Fundado en esto, se opuso largo espacio á los planes de la Emperatriz, y la princesa de Aschekof, de quien se hallaba locamente apasionado, empleaba en vano sus recursos más seductores. Bueno será decir que si halagaba y mantenía vivo el fuego de su amor por ella, no cedía, empero, á sus ruegos, persuadida, además de otras razones que tuviera, de que á causa de la intimidad que hubo los tiempos pasados entre su madre y Panine, era hija de este amante. Mas un piomontés llamado Odart, que se hallaba en el secreto, logró vencer la repugnancia de la princesa y acabar con sus escrúpulos, alcanzándose por este medio de Panine el sacrificio del Gran Duque. Bastaría para dar á conocer á este italiano transcribir sus mismas palabras á una persona de su confianza (1): «He nacido en la pobreza,

y he visto que no hay en el mundo cosa más considerada que el dinero: quiero, pues, dinero á todo trance: si me lo pagaran bien, iría esta noche á poner fuego al palacio imperial, y después volvería á mi patria para vivir en ella tan honradamente como el más honrado.»

RULHIÉRE.

Trad. de M. JUDERÍAS BENDER.

(Continuará.)

## LA GIMNÁSTICA.

Se da este nombre á un conjunto de ejercicios que tienen por objeto el desarrollo muscular y de todas las funciones de nutrición. Muy honrada por los antiguos, en términos que la palabra virtud, era sinónima de vigor, hoy afortunadamente se pospone á la inteligencia, pues las sociedades modernas tienen en mucho más el poder del espíritu que el de la fuerza material.

Es innegable que la gimnasia desarrolla el sistema muscular, modifica favorablemente el temperamento y puede ser un medio curativo en muchos casos.

Para formar idea, siquiera aproximada, de los ejercicios musculares como medio de conservar la salud, basta comparar las personas que se dedican á las tareas rudas del campo con las que viven en las grandes poblaciones entregadas á ocupaciones sedentarias. En general estos tienen los músculos menos desarrollados, á expensas del mayor ejercicio de su cerebro, son menos aptos para sufrir las vicisitudes y bruscos cambios atmosféricos, y se hallan más expuestos á determinadas enfermedades, producidas por el poco desarrollo del sistema muscular.

Debe constituir la gimnasia una parte de la educación que se da á los niños, siendo doblemente ventajoso, pues armoniza el desarrollo físico con el intelectual, evitando de este modo el predominio de la inteligencia que tantas víctimas acarrea en las primeras edades.

Está fuera de duda que la gimnasia debe formar parte de un buen sistema de educación. A principios del siglo existió en Madrid un gimnasio normal, y en 1845 el Sr. Conde de Villalobos propuso la creación de otro, con grandísima oportunidad, ya que desde la época de Carlos IV había existido sin interrupción hasta la guerra de la Independencia.

Las naciones que pueden vanagloriarse de atender á la educación gimnástica cual se merece, son: Inglaterra, Suiza, Prusia y los Estados- Unidos.

Los ejercicios pueden, en general, dividirse en ac-

(1) El baron de Breteuil, embajador de Francia en San Petersburgo. (N. del T.)



tivos, pasivos y mixtos. Se da el nombre de activos á los ejercicios en que el cuerpo es el único agente del movimiento; pasivos, aquellos en que es movido por una fuerza extraña, y mixtos los que participan de unos y otros.

Los efectos de los movimientos musculares, son aumentar el calor animal; excitar la circulacion, desarrollar las secreciones y excreciones, aumentar el apetito y favorecer la distribucion de los flúidos nutritivos.

El empleo de estos ejercicios exige algunos conocimientos previos para su buen resultado. En primer lugar, no son igualmente á propósito para los ejercicios todas las horas del dia; hay precision de respetar las digestiones. Además, hay que cuidar el sudor que en el ejercicio se produce, no comer tampoco inmediatamente despues de haber estado en movimiento, y graduar de un dia á otro los ejercicios de un modo progresivo. Los sitios preferentes para practicar ejercicios que tengan un objeto terapéutico, son los secos y elevados, á la par que un tiempo sereno y viento seco, principalmente en el tratamiento de las enfermedades atónicas y escrofulosas.

Los ejercicios activos son la progresion ó marcha, el salto, la carrera, el baile, la caza y la lucha.

La marcha ó progresion por un terreno llano es la más fácil; pone en actividad los músculos flexores y extensores de las extremidades abdominales y algunos del tronco, segun la velocidad con que se camina. Convienen en general los paseos á pié á las personas que padecen afecciones resultantes de la vida sedentaria, ó de haber ejercitado su cerebro de un modo extraordinario. Es el mejor de los ejercicios que los asmáticos pueden adoptar, así como conviene en los casos de gota, reumatismo, ciática y en la clorosis. La progresion se halla, como es natural, íntimamente relacionada con el ejercicio de la vista y del oido, así como de algunas funciones cerebrales. Los filósofos peripatéticos, así llamados porque daban sus lecciones paseando, han demostrado que no es enteramente ajeno este ejercicio á la influencia cerebral.

La carrera es un ejercicio violento, intermedio entre la marcha y el salto, donde se pone en actividad todo el sistema muscular, pero principalmente los músculos correspondientes á las extremidades inferiores. Es propio de la infancia y la juventud, pero se halla contraindicado en no escaso número de dolencias, como la aneurisma y las hernias, que pudieran dar origen en un momento determinado á la muerte instantánea del que hubiese cometido la imprudencia de someterse á este ejercicio con estas enfermedades.

El salto es producido por la contraccion instantánea de los músculos extensores, tanto de las extre-

midades como del tronco. Comunica gran agilidad y conviene á los temperamentos linfáticos y á los niños, pero no en la edad madura ni en la vejez.

El baile, que es un ejercicio compuesto de los tres anteriores, desarrolla los músculos de las piernas é inferiores del tronco. Durante el mismo se hace la circulacion más rápida y más frecuente la respiracion. Conviene, bajo el punto de vista higiénico, porque vigoriza á la juventud y da más libertad á sus movimientos; pero como generalmente tiene lugar de noche, durante la digestion y en sitios en que la mucha concurrencia y las luces producen un aire sumamente viciado, no puede ménos de prohibirse en semejantes condiciones.

El ejercicio de la caza tiene parte de la marcha, carrera y salto, y además ofrece la ventaja de interesar vivamente al que se dedica á él. Se aconseja á las personas obesas, á las que padecen afecciones linfáticas y á los hipocondriacos. Sus efectos son disminuir la sensibilidad de los órganos, haciéndolos pocos susceptibles á los cambios atmosféricos, pero lleva consigo el desarrollo del oido y de la vista, el aumento del apetito, aunque no engrosamiento en sus músculos. En general, la caza es recomendable, pero nunca de noche, ni en terrenos pantanosos ó en las épocas de grandes lluvias.

Justamente se halla colocada entre los ejercicios activos la natacion, pues en ella tienen lugar multitud de movimientos. Unas veces se verifica tendiendo el cuerpo por su cara abdominal, otras por la dorsal, en ocasiones de lado y tambien de un modo mixto. No es instintivo en el hombre, como sucede en muchos animales, pero debiera formar parte de la educacion general, pues en ocasiones puede ser necesario para salvar la vida. Lamentamos, juntamente con el Sr. Monlau, que no se hallen en nuestro país más generalizadas las escuelas de natacion.

Los griegos y romanos consideraban como depresivo el no saber nadar, negándole, al que en esta circunstancia se hallaba, las consideraciones que se guardaban á los ciudadanos instruidos. *Neque litteras, didicit, nec natare*. No sabe leer ni nadar, como quien dice, la ultima expresion de la ignorancia.

Es un ejercicio, además, de gran recurso en verano, pero está contraindicado durante la digestion, en algunas enfermedades de la piel y afecciones nerviosas.

Hay tambien algunos otros ejercicios activos, como son los juegos de pelota, barra, volante y billar, que pueden ser útiles en determinadas ocasiones, pero se halla muy próxima esta conveniencia á otras desventajas, por lo cual rara vez debe recomendarlos el higienista.

El ejercicio de la voz comprende la lectura, conversacion, declamacion y canto. La lectura en alta voz fatiga algun tanto, por ser un ejercicio bastante



activo, pero en general es conveniente por muchos conceptos, no sólo por lo que contribuye á la cultura, sino porque facilita la pronunciaci3n; mas debe procurarse no leer de un modo demasiado rápido, ni períodos excesivamente largos, pues la secreci3n abundante de saliva que se provoca, ocasiona más pronto sed y general cansancio. Lo mismo acontece con los oradores que pronuncian largos discursos y con los que al arte de la declamaci3n se dedican. Tambien los 3rganos de la cavidad abdominal se resienten de este ejercicio, si bien de un modo no muy intenso.

La declamaci3n y el canto, ejecutados siguiendo determinados preceptos, pueden aplicarse al tratamiento de afecciones especiales de la laringe. Son de gran utilidad en los casos en que un enfermo se halla forzosamente sujeto en el lecho por una fractura 3 cualquier otra lesi3n quir3rgica que obligue á la inmovilidad.

La acci3n de hablar en p3blico es sumamente fatigosa, por los violentos esfuerzos que se ve obligado á hacer el orador para que se deje oír su voz con la necesaria intensidad en todos los puntos ocupados por el auditorio. Es preciso, en primer lugar, tener especial cuidado en poner en movimiento los brazos, pues no sólo da más vigor á la expresi3n, sino que facilita la producci3n del sonido haciendo que éste sea más enérgico. La manera de respirar, tambien es conveniente no darla al olvido, pues la respiraci3n no debe ser ni muy enérgica ni demasiado débil, sino que debe suministrar la cantidad de aire necesaria para la emisi3n del sonido y la palabra.

El canto es un ejercicio que necesita especial cuidado, pues, de lo contrario, se ven atacados los que á él se dedican de laringitis, agudas 3 cr3nicas, y de enfermedades graves de los pulmones. Resultado del descuido es la extinci3n prematura de las hermosas voces de los grandes teatros líricos.

Los ejercicios pasivos son el paseo en carruaje y la navegaci3n. El primero puede considerarse como el tipo del ejercicio pasivo: hay carruajes de multitud de formas; pero los más á propósito son los que se hallan sostenidos por muelles y caminan por sitios llanos y con una velocidad que no sea excesiva. Es conveniente el paseo en carruaje á los niños, á los convalecientes y valetudinarios. La marcha en ferrocarril, 3 sea en carruaje con rapidez extraordinaria, puede ocasionar parálisis de la cara, inflamaciones del conducto auditivo externo (otitis), afecciones de la vista, ocasionadas por las transiciones repetidas de luz á oscuridad que tienen lugar en los túneles. Sin embargo, á pesar de estos inconvenientes, que pueden fácilmente evitarse, jamás se apreciará bastante esta conquista de nuestro siglo que á las generaciones venideras servirá para dominarle.

El paseo en barca por un lago es sumamente agradable: la respiraci3n del aire puro, embalsamado por aromática brisa, y el ligero balanceo que tiene lugar, producen beneficiosos efectos; pero el viaje por mar, 3 sea la navegaci3n propiamente dicha, tiene, entre otros inconvenientes, el del mareo; enfermedad que, si no puede calificarse de grave, produce una gran postraci3n, y para combatirla 3 precaverla son escasos los medios que se han propuesto y de resultados poco satisfactorios.

La equitaci3n puede calificarse de ejercicio mixto, y produce en el individuo sacudimientos más 3 menos bruscos, segun la naturaleza del terreno y la velocidad con que se marcha. Es en general conveniente para conjurar los efectos de las malas pasiones y dar vigor al sistema muscular. Morton la recomienda en el tratamiento de las fiebres hélicas, y Siderham en los cólicos rebeldes 3 los narc3ticos.

Segun Ribes, puede á veces hacerse abortar un acceso de fiebre intermitente por la acci3n perturbadora de una carrera á caballo en el momento en que principia el enfermo á sentir el acceso de frio. Está contraindicada la equitaci3n en los catarros vesicales y enfermedades de las articulaciones, y conviene á las personas no demasiado gruesas ni pletóricas. Las horas más propias para este ejercicio, son: en verano, las primeras de la mañana; y en invierno, las del centro del dia.

Hay algunos ejercicios que consisten en levantar pesas, sostenerse en trapecios, marchar por una cuerda tirante, etc., todo lo cual es generalmente beneficioso para la salud; pero sus efectos se han exagerado bastante.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

## ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS.

LA MORAL DE LOS INDIOS MEXICA.

### II.

Positivamente, nada es de extrañar que los más observadores misoneros se sorprendiesen al hallar entre aquellos indigenas unas reglas tan ajustadas á la razon; y no debe admirarnos, despues de conocer estas *Pláticas*, el por qué el reverendo Padre Sahagun se lamentase tanto de que más de un doctrinero fanático obrase en su ignorancia de diverso modo al que convenia por todos conceptos á la patria, á la humanidad y á la misma religion, no siempre bien interpretada por los que se dicen sus ministros, ent3nces y ahora.

Hecha esta no inoportuna digresion, volvamos á nuestro objeto de hacer conocer una parte de las interesantes máximas que los indios de la antigu



tierra de *Anahuat* inculcaban á sus hijos; ideas tan admirablemente calcadas en los más sanos principios de moral universal.

De la *Plática* que sigue, de un padre labrador á su hijo del propio oficio, y que está íntegra en la voluminosa obra del franciscano Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, he tomado algunos párrafos, omitiendo otros períodos para no cansar á los lectores de la REVISTA.

Es, por otra parte, lo que basta para formar cabal idea de aquellos antiguos indígenas.

Dice así:

PLÁTICA Ó EXHORTACION QUE HACÍA UN PADRE LABRADOR Á SU HIJO.

«Hijo mio: vivas en buen hora el tiempo que vivieres, esperando cada dia enfermedad ó castigo de la mano de los Dioses.

Tienes á punto tus sandalias, bordon y azada, con todo lo demás que pertenece á tu oficio, que por ser labrador lo has menester para ir á tu trabajo, en el cual los Dioses te pusieron; siendo esta tu suerte y ventura y no otra de más altivez y presuncion: pisando el barro y haciendo adoves, demas de ocuparte en la cultura del campo que tienes á tu cargo.

No desmayes, que con esa vida y ocupacion sirves al pueblo y al Señor; con ese trabajo tendrás lo necesario para tí, para tu mujer y tus hijos. Toma lo que pertenece á tu oficio; trabaja, siembra y recoge, y come de lo que trabajares.

No te desamines ni tengas pereza; porque si eres perezoso y negligente, ¿cómo vivirás ni cabrás con otros? ¿Qué sería de tu mujer y de tus hijos?

El buen servicio, hijo mio, recrea, aprovecha al cuerpo y alegra el corazon.

Haz, hijo, á tu mujer que tenga especial cuidado de lo que con preferencia la incumbe, de lo que debe cuidar dentro de su casa; y avisa á tus hijos de lo que conviene. Dadles ambos buen consejo, como cumple á padres, para que vivan honestamente y no desagraden á los Dioses ni hagan mal á alguno, con cuya accion os afrenten.....

Ama á todos y hazles piedad, y no seas soberbio ni des á otro pena alguna.

Sé muy recatado en presencia de aquellos con quien vivieres y conversares, y serás de ellos estimado y tenido en mucho.

No menosprecies ni riñas ni aporrees á otro, y vive mansa y pacíficamente, haciendo lo que debes. No te ensoberbezcas pensando que acudes á tu obligacion; y no faltes á las leyes, porque es hacer pecado contra los Dioses.

No seas vagabundo y hombre ocioso.»

\*\*\*

Ni más ni ménos que en la *Exhortacion de una madre á su hija*, resplandece en esta un fondo de moral admirable: adviértese en una y otra el cuidadoso empeño de los padres en formar de sus hijos buenos esposos y probos ciudadanos, hijos obedientes y padres cariñosos; hombres útiles á la sociedad.

Escribió tambien el venerable P. Andrés Olmos otras varias *Pláticas*, tales como la de un monarca indio á sus hijos; la mujer de un cacique á su hija, y alguna otra, todas al mismo tenor, igualmente notables; mas todas en la traduccion al lenguaje castellano pierden, como al principio senté, no poca parte de la energía, galanura y áun poesia que las caracteriza en el idioma de aquellos hijos de la naturaleza, lengua expresiva como pocas.

Como era muy natural á los que tal grado de cultura habian alcanzado, no se hallaba entre los mexica y otros de Nueva España, á la manera que era frecuente entre los salvajes Tupis, Charruas, Tupinambás y otros de diferentes comarcas americanas, la repugnante y bárbara costumbre de no respetar en sus enlaces los vínculos de cercano parentesco, y áun los habia tales, que considerando como hermanos los de una tribu, pasaban á otra para elegir mujer. Tal era el respeto á la familia entre estos indígenas, en contraposicion de los salvajes de la mayor parte del Nuevo Mundo, para los cuales no habia vínculo sagrado ni parentesco que les sirviese de valla.

Y dice el historiador Piedrahita, y apuntan algunos misioneros, que era tan respetada la ley y costumbre entre los Muyscas y otros de no casar con hermanas, primas, sobrinas, etc., que áun *despues de ya cristianos* no casaban con sobrinas ni primas, aunque les decian los frailes que con dispensa podian hacerlo; pues jamás se aprovecharon de esa facilidad con que se les brindaba, por ser cosa para ellos repugnante; y decian que la dispensa no podia borrar el parentesco. Por el contrario, ni ántes ni despues de ser católicos reparaban nada el enlazarse con cuñadas, suponiendo que si era lícito casarse con la primera por no tener parentesco, lo mismo, muerta ésta, con la cuñada.

Y así como en el primer caso, es decir, así como nunca se casaron con primas y sobrinas, áun ya católicos, renunciando á la facilidad que les brindaba su nueva religion, tampoco pedian dispensa ni la creian necesaria para contraer bodas con la cuñada, y áun con una segunda cuñada si la primera fallecía. Varios escritores acreditan esta costumbre, que áun queda en ciertas comarcas.

Añade el castellano (de Benavente) Fr. Toribio de Motolinia, uno de los doce primeros franciscanos que evangelizaron á Méjico, que tan observantes eran dichos mexica de esta moral, que única-



mente se encontraron en toda la Nueva España cuatro ó cinco individuos unidos en grados ilícitos, que fué con hermanas suyas; y que estos tales eran reyes ó caciques, á los cuales, por tanto, no podia alcanzar el castigo; ni más ni ménos, dice el mismo Motolinia en su famosa obra *De moribus indorum*, que en la antigüedad la célebre Cleopatra, reina de Egipto, que se enlazó con su hermano Tolomeo, y más brutalmente Semiramis, reina de Babilonia, etc.

Pero dice el sabio Motolinia que tan vedado les estaba á los mexica, *por ley y por costumbre*, todo aquello que en esta materia es contrario á la moral, que aún en esos pocos casos que habia de transgresion de las buenas costumbres, el pueblo, horrorizado ante actos tan bárbaros, apellidaba á los hijos de estas criminales uniones con el significativo nombre de *tetzauhconelt*, que equivale á decir hijos del escándalo; cosa que prueba más y más el buen sentido del pueblo de Moctezuma, y fuera mayor si no hubiesen tenido la monstruosa costumbre de la poligamia, que desvirtuaba no poco la pureza que en lo demas alcanzó aquel tan singular como sencillo pueblo.

Cierto que por más que fuese entre ellos permitida la poligamia, eran muy pocos, á excepcion de los poderosos caciques, los que poseian pluralidad de mujeres, bien por más virtud, bien (en parte) por la dificultad de mantener más de una; pero Moctezuma... ¡monstruo de lujuria! llegó á tener en su palacio de las mujeres hasta 3.000, varias de ellas muy notables por su belleza.

Mas, repetimos con Motolinia y otros, los ejemplos de poligamia, fuera de los caciques, eran, por fortuna, poco frecuentes.

FÉLIX C. Y SOBRON.

## LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS.

Cuando oigo decir que en España abunda el talento, mi pensamiento va á parar sin saber cómo al Sr. Canalejas. Cuando me dicen que escasean la diligencia y el carácter, sin saber cómo tambien pienso en el docto presidente de la seccion de literatura. Por más que no acabe de convencerme de que el talento busca puerto en nuestra patria con preferencia á otros puntos del globo, no cabe duda que el Supremo Hacedor mostróse pródigo y hasta rumbon, como acá decimos, y aún se le fué la mano con alguno de mis compatriotas.

¡Excelente cosa es el talento! Que lo diga, si no, el Sr. Perier, que en esta materia es testigo de mayor

excepcion. ¡Cuántas cosas buenas se pueden hacer con talento! Entre ellas, una semblanza de gracioso corte, que agrade á los lectores y no disguste al orador. Lo cual es mucho más difícil que inflar un perro.

Para mí, el talento del Sr. Canalejas es materia de dogma. Aparte de que mi entendimiento así me lo dice, tengo otro motivo para creerlo. Es un motivo fantástico. Han de saber ustedes que allá en los tenebrosos laberintos de mi cerebro, he dado en representarme, sin que tenga fuerzas para huir esta insensata imaginacion, las ideas y las cualidades del espíritu por los colores de la materia. Así que, al amor me lo figuro blanco, á la simpleza rosada, al talento azul, al país rojo y á los constitucionales verdes. El Sr. Canalejas lleva siempre delante de sus ojos unos espejuelos azules. No me cabe duda, tiene talento.

Creo haber dicho ya, y si no lo he dicho lo digo ahora, que el talento del Sr. Canalejas está contrastado por un carácter enteco y tornadizo. Esto al ménos se dice de público, y esto debemos creer pensando mal, que es la mejor y más fácil manera de acertar. En el espíritu del Sr. Canalejas han contraido matrimonio un talento másculo y un carácter hembra. Y como este matrimonio no se ha verificado como el Santo Concilio de Trento lo dispone, para los buenos creyentes es un nefando concubinato.

La voz del pueblo (*vox Dei*) acusa, además, al Sr. Canalejas del feo pecado de holgazanería. Confesemos que en esta ocasion la voz de Dios ha dado un gallo. Para mí el Sr. Canalejas es un prodigio de actividad. Sólo con actividad, y con mucha actividad, se alcanza un nombre esclarecido en la literatura, en el foro y en la filosofía. Pero nuestro presidente sostiene lucha desigual, que agotará sus fuerzas, con un enemigo terrible: el tiempo. El tiempo es la materia primera de todo sabio, y sin ella no es posible laborar ciencia. Así se explica que el señor Canalejas aborde con denuedo todos los problemas del pensamiento humano y los abandone cuando aún no está bastante saturado de ellos. Yo hubiera deseado más verle ahondar en la ciencia de la estética, que tanto contribuyó á propagar en nuestra patria, que hallarle cual frivolo mancebo requebrando de amores ora á los estudios de erudicion literaria, ora al derecho, ora á la filosofía. Necesito hacer una salvedad. Si el Sr. Canalejas se ha dedicado al estudio del Derecho—incompatible, á mi juicio, con otros de distinta índole—por pura aficion ó deseo de saber, merece que le censuremos ácremente. Mas si ha dedicado sus talentos á la jurisprudencia tan sólo para alcanzar por su intercesion lo que no ha podido recabar por vías más amables, entónces sólo nos resta lamentarnos amargamente de que en nuestro país necesite un lite-



rato insigne sacrificar su vocacion en aras de las necesidades físicas.

He dicho que el Sr. Canalejas tenía talento, y no me vuelvo atrás. Sobre que sería igual que me volviera, pues no dejaria por eso de tenerlo. Conviene que determine ahora de qué clase es su talento. Acerca de esto no puede existir duda alguna: el talento del Sr. Canalejas es esencialmente crítico. Como crítico no tiene rival hoy en España. Vaya usted á averiguar ahora por qué un hombre que posee dotes extraordinarias de crítico no piensa en criticar nada. Para la resolución de este problema recuérdese lo que he dicho en el comienzo de este artículo. De todos modos es imperdonable que el Sr. Canalejas abandone el campo de la crítica, principalmente de la crítica dramática, á la impotencia petulanté é insufrible de los literatos menores que hoy la tienen monopolizada para baldon de las españolas letras.

Las cualidades que le realzan como crítico menoscaban su elocuencia, de la cual tiempo es ya que hablemos. Un crítico es un hombre que necesita criterio firme, talento analítico, dición correcta y juicio sereno. No diré yo que estas aptitudes sean para el orador cosas superfluas, pero me atrevo á creer que tampoco son de primera necesidad. Tengo para mí que el docto lector, ha enderezado ya su pensamiento hácia un insigne orador del Ateneo, y lo está desmenuzando sin piedad para comprobar mi aserto. Caro lector, ten el afilado escalpelo y observa qué vas á cortar la fibra de la pasión y el hermoso tejido de la fantasía.

El Sr. Canalejas pasa por orador de muchas tildes. Con efecto, de tal modo peina y asea su palabra, que las frases que brotan de sus labios, por lo afeitadas y relamidas, semejan damas del tiempo de Luis XV. Salen con el cabello empolvado, las mejillas pintarrajadas y hasta lunares postizos. El señor Canalejas aspira, por lo visto, á hablar lo mismo que escribe. Supongamos que lo consigue: tendremos un elegante y castizo escritor que redacta su prosa con la punta de la lengua, pero no un orador. La oratoria necesita más de calor y oportunidad que de tildes.

Pero si no es un verdadero orador el Sr. Canalejas, bien puede considerársele en cambio (un cambio que nadie vacilaría en aceptar) como el prosista más elegante, más castizo y más flúido que hoy posee el idioma castellano. Es la prosa del Sr. Canalejas como una de esas bebidas azucaradas y refrescantes que se toman con delicia en una tarde calurosa del estío. Si la comparamos con las inmundas pócimas que diariamente nos hacen gustar las prensas españolas, parece ambrosía de los dioses. Hé aquí por qué leo sus discursos con más placer que os escuchó. El Sr. Canalejas no pronuncia discursos,

los dicta, ó lo que es igual, los pronuncia para el día siguiente. Pero al día siguiente son una obra tan lucida y primorosa, que merecen llevar á su cabeza el humeante pebetero de la Academia con la metafórica inscripcion: *Limpia, fija y da esplendor*.

La palabra de este orador sería flúida y expedita si no cuidara tanto de su aliño. Pero el público tiene que esperar á que cada una haga su *toilette* ó tocado, como decimos en romance, y este se prolonga alguna vez en demasía. No sé decir si á esta frialdad que advierto en la oratoria del ilustre presidente, contribuyen aquellos supradichos espejuelos azules. Creo que sí. Los ojos son un poderoso auxiliar para la lengua, y los del Sr. Canalejas son unos ojos mudos; mudos al ménos para el auditorio, aunque agoten los giros más expresivos detras de unas paredes cristalinas. Los ojos rien, los ojos lloran, los ojos interrogan, los ojos amenazan. Nada de esto llega á nosotros cuando habla el orador que nos ocupa. El Sr. Canalejas habla como hablaban con su boca de sílice los antiguos oráculos egipcios; se percibe el movimiento de los labios, se escucha el ruido de la voz, y nada más. Los ojos no varían el curso de la palabra, pero lo iluminan. Ciceron no hubiera confundido á Catilina si gastara anteojos azules.

En cambio, estos anteojos prestan á su pensamiento un optimismo que escandaliza al Sr. Revilla. La tierra para él es un segundo cielo. Los campos y las ciudades son azules para nuestro orador. Hasta al Sr. Revilla lo ve de color de cielo.

Se dice que es discípulo de Krause (1). Distingámonos. Si por krausista se entiende un personaje extravagante y soberbio que, colándose de sopeton en la morada de la ciencia, pretende dar con la puerta en las narices á cualquier otra doctrina que no sea la suya; es decir, si el krausista ha de ser un ultramontrano vuelto al revés, el Sr. Canalejas está muy lejos de recibir con justicia tal denominacion. Mas si esta significa por ventura la creencia razonada en todas ó en parte de las doctrinas de aquel filósofo sin constituirse en sectario suyo, bien puede asegurarse sin temor de calumniarle que es krausista. ¡Que no fueran todos los krausistas como el Sr. Canalejas, tolerantes, flexibles, y sobre todo más estéticos en su obrar y decir!

Merced á su talento y á una base metafísica bien asimilada, nuestro orador habla con lucidez y discrecion, sobre todo lo que es asunto de la ciencia y del arte. Prefiero, no obstante, escucharle cuando diserta sobre el último punto. Entónces adquiere su frase el más alto grado de perfeccion y domina en

(1) Observen ustedes que escribo Krause con una ese, aún cuando sus impugnadores en España lo escriben casi siempre con dos.



las palabras como en los pensamientos una armonía que denota la irresistible vocación de su espíritu. No hay duda que el Sr. Canalejas está formado para amar la verdad por conducto de la belleza.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

### LAS GOTAS DE AGUA.

Brotando en cuna de nacientes flores,  
La fuente esparce perlas en el viento,  
Al surgir de su líquido cimiento  
Ondas de luz en hebras de colores.

Saltan de los fecundos surtidores  
Nuevas gotas, en raudal movimiento,  
Como estrellas del ancho firmamento  
En iris de brillantes resplandores.

Pero al llegar al agua se deshacen,

Y queda su fantástica hermosura

En una débil onda convertida...

Del alma así las ilusiones nacen,

Y así caen los sueños de ventura

Deshechos en los mares de la vida.

RICARDO GUIJARRO.

### LA INSTRUCCION PÚBLICA EN EGIPTO.

Paseábamos por las calles del Cairo deteniéndonos en cada bazar, curioseándolo todo, y no dando ni á la imaginación ni á la vista momento de reposo.

Difícilmente habrá viaje más sorprendente ni fascinador que el de los países orientales. Parece al viajero que sueña, y que pasa las horas realizando un cuento de *Las mil y una noches*.

La abundancia de tipos diferentes; el colorido especial de aquellas calles largas y estrechas que reciben la luz de muy alto y quebrada; el olor perfumado de los bazares donde vende el árabe las más preciadas esencias del Soudan y de la Meca; la variedad de turbantes, jaiques y milayas; los hombres atezados y de gigantesca estatura; las mujeres con el rostro cubierto por un paño y pisando sin ruido alguno en aquel suelo de arena; todo aquello entra por los ojos, como vulgarmente se dice, y recuerda á los españoles la dominación árabe en nuestra patria, hasta el punto de encontrar tantos puntos de semejanza en usos y costumbres, que lo que á franceses y alemanes les parecía cosa nueva y no

vista jamás, para nosotros era cosa corriente y de uso establecido (1).

Habíamos ocupado casi toda la mañana en recorrer los bazares, olvidando por completo la hora de comer, cuando uno de los mercaderes que nos vendían tapices de Persia á módico precio, vino á recordarnos la hora, sin darse cuenta de que nos hacía un servicio. Interrumpió de pronto la venta, y sin cuidarse de la desatención en que incurria y de la molestia que en perjuicio de su venta podría causarnos, arrodillóse precipitadamente, tocó con la frente en el suelo, irguió luego la cabeza, elevó las manos y volvió á tocar el suelo con la frente, y así continuó haciendo y deshaciendo durante diez minutos sin dejar de pronunciar frases en árabe, que no podrían ménos de ser una oración según el gesto y los ademanes de que iban acompañadas.

Pronto iba á anochecer; y si hubiéramos dudado de ello, el *muezzin* que apareció en el alminar de la mezquita cercana con los brazos cruzados y la cabeza erguida y dando grandes voces, si bien con acento triste, al mismo tiempo que daba una vuelta entera á la torre, nos hubiera convencido de que había llegado la hora de cerrar los bazares y de consagrarse al descanso.

En efecto; apenas los mercaderes oyeron los acentos del *muezzin*, comenzaron á empacar más que de prisa sus mercancías, y era vano empeño querer comprarles ya nada, pues ni á peso de oro nos hubieran vendido objeto alguno.

Comenzamos á retirarnos, pues, notando de paso la fidelidad con que en estas religiones de Oriente se cumple con todo deber. Al pasar por delante de una casa, no pudimos ménos de detenernos, por más que la mayor parte de los edificios que á todas horas veíamos, fuesen motivo de detención, admiración y estudio artístico. Las celosías, los calados, las persianas árabes y las puertas afiligranadas, constituyen en el Cairo la población entera. Exceptuando cuatro calles compuestas de edificios modernos, que el *kedive* ha hecho construir, en su afición decidida al gusto moderno francés, el resto de la ciudad está ni más ni ménos que en los tiempos de Saladino.

La casa ante cuya puerta nos detuvimos, no ha-

(1) En efecto, vimos en Egipto las mismas norias que en muchos pueblos de España están en uso; idéntico sistema de conducción del yeso en sacos largos sobre los lomos de un borrico; parecido modo de abrir la puerta de la calle por medio de una cuerda, á la manera de nuestras provincias; iguales aperos de labranza; cocina parecidísima, dominando en ella el aceite, tortas, confituras toscas y buñuelos en las ferias, que tienen idéntico carácter que las de España; y una multitud de objetos que no se diferencian en nada de los que por acá se usan, y que los adelantados alemanes compraban con avidez para enseñarlos en su país como cosas rarísimas.



bia llamado nuestra atención por su arquitectura sino por el cuadro que en el interior se veía.

Era un patio rodeado de columnas esbeltas como todos los patios árabes, y áun pudiéramos decir, para mejor conocimiento del lector, como los patios andaluces.

En el centro se veía un árabe tendido en el suelo y en el espacio justo que ocupaba una alfombra raída. Fumaba una larguísima pipa de estas que usan los beduinos y que les sirven á la vez de pipa y de vara para arrear al asno donde traen y llevan sus frioleras; y alternaba en las aspiraciones del tabaco con una especie de canto monótono y quejumbroso, que repetían varios niños de corta edad sentados en derredor suyo.

Detrás de este grupo, y al pié de una de las columnas, había otro árabe sentado á la usanza oriental, con las piernas cruzadas, y ocupado en freir buñuelos, cuyo humo y aroma, impregnando el viciado aire del patio, producía á la vez una atmósfera sofocante y un coro de toses con que los muchachos interrumpían la canturía.

Había en un rincón del patio, y algo más alejado del grupo de niños y del buñolero, un hombre en cueros vivos, tendido en el suelo cabeza arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos muy abiertos; cubierto de moscas y con todas las apariencias de un cadáver. Como no era la primera vez que presenciábamos espectáculo semejante, no necesitamos preguntar qué especie de hombre era aquel. Era un loco.

En Oriente se venera á los locos como á seres sobrenaturales, y se les guarda en casa, cuando no es su locura furiosa, en la seguridad de que aportan venturas y preservan de males; y es harto frecuente encontrar un loco en cueros arrojado en un rincón, como aquel que servía de adorno al patio donde acabábamos de entrar, deseosos ya de analizarle por completo.

Al pié de otra columna había una mesa de piedra, y sobre ella varias tazas de café, diminutas como todas las que en Oriente se usan, y grandes montones de tabaco griego, parecido á la de alfalfa en color y forma. Detrás estaba sentada una vendedora, cubierto el rostro, como es de rigor entre las de su sexo, y dándole vueltas á un rosario.

Pendían de las columnas carteles en los que se veía el silabario árabe y algunos párafos del Koran, que eran los que leía el fumador de quien hablamos primero, y repetían los niños que le hacían coro. Y amenizando este cuadro, que iluminaba apenas el sol poniente, coceaba y daba resoplidos un borrico atado á la última columna, arrojando por las orejas los objetos que habían puesto sobre él, y que sin duda le molestaban, á saber: una escopeta de las llamadas espingardas, y varias

cañas de azúcar, mal compuestas y peor atadas.

En lo alto del patio había dos ó tres ventanas con las indispensables celosías; y detrás de ellas oíase la voz de alguna esposa cautiva, pero de buen humor, que cantaba, como ellas suelen, algo muy parecido á la triste *Soledad* tan corriente en Andalucía.

Entraba de cuando en cuando en el patio un árabe á comprar tabaco ó á comer buñuelos, apretaba el canto la oculca caireña, redoblaba su lección el maestro, y vociferaban los chicos, suspiraba de cuando en cuando el loco, crecía el humo y aumentaba la sombra; y ántes de que cada cual volviese á su agujero hasta el día siguiente, nos atrevimos á preguntar á un árabe que chapurreaba el italiano, qué especie de madriguera era aquella en que estábamos; á lo cual nos contestó con seriedad alarmante, que aquella era la escuela de Ismail-Abdala, una de las primeras del barrio.

No nos admiró que aquello fuese una escuela, porque al fin y al cabo, todo es escuela para el que quiere aprender algo; pero sí que fuese una de las primeras de una población de 200.000 almas, centro de la civilización del Egipto moderno y emporio de la riqueza del Oriente.

¿Qué enseñaba Ismail-Abdala á sus discípulos? No podré asegurar que les enseñaba á leer, supuesto que no les oí leer sino repetir lecturas de su maestro; y en cuanto al resultado de la enseñanza, parecióme nulo, atendido á que los muchachos viendo al maestro adormilado por el humo de la pipa, repetían por la milésima vez las palabras que á aquel oían, y se peleaban al mismo tiempo revolcándose sobre la arena. Y gracias que la tos por el humo producida les permitiera divertirse.

No llegaban á doce los niños; en cambio, he visto más de 12.000 por las calles del Cairo merodeando plátanos ó limones á los vendedores, ó dándose de cabezadas para hacerse fuertes.

Esto no obstante, conviene observar que desde niños les enseñan á rezar seis ú ocho veces al día, y á pelearse con sus tiernos amigos, porque es condición precisa que el árabe sepa pegarse y salvarse, aunque en su vida conozca una letra.

Por más que en los siguientes días de mi permanencia en la ciudad de Mehemet-Alí, busqué todas las escuelas para hacer un estudio estadístico, no pude hallar más de 15 ó 20, cada una de ellas ocupada por 15 ó 20 niños llenos de contusiones, desaseados y revoltosos, provistos de rosario y pipa, y forzados como puedan serlo nuestros hijos á la edad de catorce años.

Emprendimos poco después nuestro viaje de exploración á lo largo del Nilo, y en los veintitres días que duró nuestra expedición, después de haber recorrido veinte y tantos pueblos importantes, no



pude encontrar más que cuatro ó seis escuelas, en peores condiciones que la que llamó tanto nuestra atención en el Cairo.

Gran observación esta para los defensores del poder absoluto y de la limitación de la enseñanza pública. Todo es orden y tranquilidad en Egipto.

Pueblo religioso ante todo, jamás se ocupa de lo que á su alrededor pasa. El virey impone tributos y los cobra á palos. Nadie protesta; ni una sola voz se queja del mal trato. No hay en ningún otro país paz parecida. Se reza y se paga. ¿No es este un gran sistema?

Cuando volvimos al Cairo para hacer nuestro viaje á Port-Said y presenciar la inauguración del canal de Suez, la escuela de Ismail Abdala estaba cerrada. El maestro había resuelto no enseñar más que lo que Dios le dió; y le encontramos un día en la calle en cueros vivos rezando y fumando en pipa. Los discípulos andaban á cuatro manos por los alrededores.

EUSEBIO BLASCO.

## LA VACA Y EL PERRO.

(Conclusion.)

### VIII.

Imposible sería describir la desesperación que se apoderó de Franz en aquel momento. Al pronto corrió sin saber qué hacía hasta la primera cuesta, y cuando se vió bastante lejos de la granja, se detuvo para gritar con voz ahogada por la emoción: «¡Parda!... ¡Parda!... ¡Ohé, Parda!... En seguida prestó atento oído, esperando distinguir la carrera de la vaca; pero el viento se llevó su voz, y por toda respuesta obtuvo los sordos rumores de la tempestad que se perdían á lo lejos en dirección á Santa Odila.

¿Qué hacer? Aunque un niño sea muy animoso á los doce años, esto no impide que en determinadas ocasiones se siente sobre una piedra á orilla de un camino y que desahogue su dolor vertiendo todas las lágrimas de sus ojos. En este caso estaba el pobre Franz. No podía pensarse en ir en busca de la Parda en medio de aquella oscura noche y con aquel terrible tiempo. No deja de ofrecer peligro salir al encuentro de una vaca extraviada que corre en busca de su camino. Estos desgraciados animales no tienen el instinto de los perros ó de los caballos, que saben guiarse por el olfato. Cuando se ven abandonadas, el miedo las enloquece, y corren

furiosas en línea recta sin oír nada, atravesando matorrales, la nariz dilatada, azotándose los costados con la cola y lanzando desesperados mugidos. Frecuentemente recorren así enorme distancia, hasta que caen sin aliento en medio de un bosque ó en el fondo de un barranco.

Estas ideas agitaban la mente de Franz. Después de lo sucedido, ¿cómo se atrevería á presentarse delante de maese Daniel? Si se tratase de otra vaca, tal vez se hubiera podido reparar la desgracia. Pero se trataba de la Parda, ¿entendeis? de aquella honrada y digna vaca que recordaba al labrador su hijita... Maese Daniel le había dicho:

—¡Si por culpa tuya ocurriese una desgracia á la Parda, no te perdonaría en mi vida!

Este recuerdo le estremecía. Maese Daniel era terrible en su cólera; cuando regañaba de veras temblaban los cristales de la granja, y todo el mundo bajaba la cabeza para dejar pasar la tempestad. Tan turbado estaba Franz, que creyó de pronto oír aquella gruesa voz, y sin saber qué hacía cogió el látigo y huyó por el primer camino que encontró.

No tardó en conocer que maquinalmente había seguido el de la choza. Pocos pasos más, é iba á encontrarse delante de la pobre cabaña donde su madre le esperaba todas las noches.

Salvar la distancia y entrar corriendo en la choza fué obra de un momento.

La buena mujer no se había acostado aún. Cuando vió el trastornado rostro del pobre niño y sus ojos llenos de lágrimas, le cogió ambas manos y le preguntó temblando:

—¡Dios mío! Franz, ¿qué ha sucedido?

Franz la refirió sollozando la desgracia de aquella triste noche, la imprudencia que había cometido retrasándose en el Ban de la Roche, el regreso en medio de la tempestad, y la desaparición de la Parda. Dejóle concluir sin interrumpirle, y abrazándole en seguida:

—Mi pobre Franz,—le dijo temblando tanto que apenas podía hablar,—es necesario que partas en seguida hacia Belle Fosse. La tempestad calma ya, tal vez aclare la noche, y con el auxilio del Señor encontrarás el camino sin que te ocurra una desgracia.

—Ya he pensado en ello, madre,—contestó el pobre niño;—pero de seguro no está allí la Parda. Habrá tenido miedo y habrá huido. Mañana al amanecer partiré, y si es necesario andar diez leguas para encontrarla, las andaré.

—No, Franz; mañana lo sabrá todo maese Daniel, y si no se compadece de nosotros después de tu fatiga... ¡Dios te acompañará! Tendré mucho miedo sabiendo que estás en camino con el tiempo que hace, pero rogaré tanto, que el cielo nos escuchará. Y

(1) Véanse los números 195 y 196, págs. 667 y 701.



además,—añadió procurando sonreír,—hace un mes que no estás solo, y el camino no parece tan largo cuando se lleva compañía.

Al oír esto levantó vivamente la cabeza Franz.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Zorrito no ha venido tampoco!

La madre y el hijo se miraron un momento sin poder hablarse: tan grande era su emoción.

—Estoy seguro de ello, madre,—continuó diciendo Franz con animación.—¡Zorrito no ha venido!

—¡Recuerda bien, Franz; sería muy cruel engañarnos ahora!... ¿Estás seguro de que no ha entrado en el establo detrás de las vacas?...

—¡No, madre, no! ¡no estaba!...—contestó Franz fuera de sí;—en cuanto á esto pondría la mano en el fuego. Ahora recuerdo que durante el camino no le he oído una sola vez... Y sin embargo, Zorrito gime mucho cuando hay tempestad.

El mismo pensamiento se les había ocurrido á los dos. Para los que conozcan á Zorrito aquella desaparición no significaba otra cosa sino que el honrado perrillo había permanecido en su puesto, y gracias á él, tal vez se encontraría la Parda.

Franz no quiso detenerse un momento más; cogió el látigo y se puso en camino. Apenas pudo abrazarle su pobre y anciana madre; deslizóse entre sus manos como una culebra, y desapareció en la densa oscuridad del bosque.

## IX.

No os hablaré de las peripecias de este nuevo viaje. Pronto conoció Franz que no podría resistir mucho el paso que llevaba. Si hay mucha distancia desde la Soutte al Ban de la Roche, más distancia hay aún desde el Ban de la Roche á la Soutte: este es el inconveniente de las montañas, porque los declives se convierten en repechos cuando hay que tomarlos en sentido inverso, y los pastores saben bien que lo mejor es subir despacio y á paso corto.

Comprenderán la ansiedad con que recorrió Franz con la vista las desiertas colinas de Belle Fosse. Sería media noche. Los torrentes de lluvia que acababan de caer habían lavado la atmósfera, y fresco viento arrastraba á lo lejos los últimos giros de las nubes. La clara luz de la luna iluminaba los matorrales y la abandonada cantera dormía silenciosamente á los pies de Franz. No se oía ni una ráfaga ni un murmullo.

Al ver aquella soledad oprimíasele el corazón al pastorcito. Los pastos estaban desiertos; la pradera se extendía á lo lejos sombría y silenciosa, y solamente las prolongadas sombras de los árboles manchaban aquí y allá la uniforme superficie de las hierbas blanqueadas por la luna.

Franz corrió á la altura más inmediata y recogió todas sus fuerzas para dar á su pobre voz el mayor

volúmen posible. Hubo un momento de silencio, y en seguida la burlona voz del eco repitió:

—¡Zorrito! ¡Zorrito! ¡ohé, Zorrito!...

Bajo rápidamente de la altura para ir un poco más lejos. Ahora le contestaron dos ecos opuestos, y aquellas voces repercutidas á lo largo de los valles repetían con burlon acento:

—¡Zorrito! ¡Zorrito! ¡Ohé, Zorrito!...

Franz no esperó la última contestación para recoger el poco valor que le quedaba. Abundantes lágrimas llenaban sus ojos y corrían una á una por sus mejillas; quiso llamar otra vez, pero no pudo brotar su voz ahogada por los sollozos.

Entonces le dominó una especie de cólera.

—¡Si Dios no hubiese inventado estos caminos,—dijo,—nada de esto hubiera sucedido!

Belle Fosse, que por la mañana lo consideraba como oasis perdido en el desierto del Campo del Fuego, le parecía ahora paraje siniestro, odioso infierno; corrió hasta el sendero que dominaba la cantera, y como le cerraba el paso una piedra gruesa, la arrancó con una especie de agitación nerviosa, y la dejó rodar al fondo del abismo.

Aún no había llegado la piedra al suelo, cuando se detuvo Franz, temblando de pies á cabeza. Al mismo tiempo que el sordo ruido de la caída, había creído oír un ladrido ahogado.

Tendióse boca abajo en el suelo, y adelantó medio cuerpo sobre la cantera; acercó las dos manos á la boca para hacer tornavoz, y gritó:

—¡Zorrito! ¡Zorrito!

Dos minutos, ¡dos siglos! trascurrieron. En seguida rasgó el silencio plañidero ladrido que oyó perfectamente Franz.

Ya no era posible dudar. El pobre niño se detuvo un momento ántes de levantarse, para dar tiempo á que calmasen los latidos de su corazón. Había reconocido la voz de su perrito como se conoce entre mil la de un verdadero amigo. ¡Qué música podía compararse á aquel delicioso ladrido!...

Mientras bajaba el estrecho sendero que rodeaba la cantera, Franz se reconvenía por no haber descubierto la verdad. Todo se explicaba ahora. Asustada la Parda por el ruido de la tempestad, había huido por el primer sendero que vió; éste había sido el de la cantera, y se había encontrado como aprisionada en el fondo de aquel embudo. Allí debió reunirsele Zorrito; y si no había oído ántes la voz de su amo, era porque el viento la había barrido por encima de la cantera, llevándola en dirección de los ecos.

Franz bajaba saltando las piedras, para llegar cuanto ántes al sitio de donde brotó el ladrido; pero Zorrito le salió al encuentro. Y cuando el perrillo corría hácia él, se destacó de la sombra una mole oscura, que á poco iluminó la luna. No necesitó mi-



rarla dos veces Franz para reconocer á la Parda.

¡Qué desgracia que los perros que tan buenas cualidades tienen no sepan hablar! ¡Qué de cosas hubiera podido contar Zorrito! ¡Y decir que para expresar sus pensamientos el pobre animal no podía hacer otra cosa que mover la cola, lamer las manos á su amo y apoyar las patas en sus piernas, como si quisiese subírsele á los brazos! En cuanto á Franz, confesaré que no vaciló un instante. Pasado el primer minuto dedicado á la emoción, se bajó, cogió con ambas manos la cabeza del perrillo y le dió un beso en su puntiagudo hocico.

Compadecería mucho á los que intentasen reír de esta acción. ¿No debía toda su dicha á la fidelidad de aquel honrado perrito? Ciertamente que merecía un beso ó dos, y aunque le hubiese dado tres nadie podría extrañarlo.

¡Ah, cuán alegre fué el regreso! Franz llevaba cogido el collar de la Parda y marchaba entre sus dos amigos tan dichoso como un conquistador después de una victoria. Era necesario llegar cuanto antes á la granja, porque la noche estaba muy avanzada y Franz esperaba dormir algunas horas antes de amanecer.

#### X.

La granja estaba sumida en profundo silencio. Con un momento más de fortuna, Franz hubiese podido recogerse sin verse en la necesidad de referir á nadie los secretos de aquella tempestuosa noche. Para llegar al establo había que pasar por debajo de las ventanas de maese Daniel; pero el viejo labrador debía dormir profundamente á aquella hora.

Pero los acontecimientos se complacen en trastornar los mejores cálculos. La Parda había hablado poco durante el camino. Era animal tranquilo y pacífico, y aunque poseyendo soberbia voz, rara vez experimentaba la tentación de usarla. Pero sin duda la vista del establo la produjo interior revolución. Tal vez pensó en el placer que iba á experimentar al encontrar su lecho de paja y su acostumbrado pesebre, y tal fué su alegría que, sin pedir aviso, lanzó el mugido más formidable que despertó jamás los ecos de la Soutte.

Casi al mismo tiempo se abrió ruidosamente la ventana de maese Daniel.

—¡Hola, vosotros!—gritó la ruda voz del labrador;—¿quién va?...

Franz no había abierto aún la puerta del establo. Al oír la enérgica voz, quedó clavado en el suelo, y debió manifestar que se apoderó de él terrible miedo.

—¡Soy yo, señor Daniel!—balbuceó al fin;—¡soy yo!... Nada temais... ahora todo va bien...

—¿Y por qué has salido de casa con el tiempo

que hace, mal galopin?... ¿Desde cuándo se despierta á esta hora de la noche á las gentes tranquilas?...

Evidentemente, maese Daniel no estaba de buen humor. Su voz, que habitualmente no pecaba de tierna, resonaba en los oídos de Franz como la trompeta del juicio final.

El pobre pastorcito ni siquiera trató de excusarse. Y como la luna estaba en lleno, no tardó maese Daniel en ver á la Parda, que esperaba pacientemente abrieran la puerta del establo.

Por respeto á los lectores no repetiré el formidable juramento que brotó en aquel instante de labios de maese Daniel.

—Ya veo lo que es...—dijo en seguida.—Lleva la Parda al establo y después sube aquí, ¡mal tunante! ¡Te prometo que te he de dar muchas vacas á guardar, para que pases con ellas por la montaña después de media noche!...

Cerróse la ventana, y el pobre Franz no oyó más. Apresuróse á obedecer, como podeis figuraros: colocó silenciosamente á la Parda en su pesebre, y con el corazón tembloroso y los ojos llenos de lágrimas subió como un criminal que espera el suplicio, es decir, con la mayor lentitud posible, la escalera de madera que llevaba á la habitación de maese Daniel.

Entretanto, se había levantado el viejo labrador. Había colocado sobre la mesa una vela encendida, y fruncidas sus espesas cejas y las manos cruzadas á la espalda, se paseaba por la habitación.

El pobre Franz no esperó á que la tempestad estallara sobre su cabeza para intentar salir del mal paso. Comenzó á hablar apresuradamente, y, cosa rara, el viejo labrador le dejó decir, sin interrumpirle ni una sola vez. Franz no ocultó nada; ni la falta que había cometido permaneciendo hasta tan tarde en el Ban de la Roche, ni su regreso por caminos intransitables, ni su segundo viaje en busca de la Parda, ni la extraordinaria abnegación de Zorrito. Su voz temblaba tanto durante el relato, que tuvo que detenerse más de una vez para no prorumpir en sollozos.

Cuando concluyó, se paró delante de él maese Daniel, y mirándole atentamente:

—¿Es eso todo, señor Franz?—le preguntó con suma dureza.

—Sí, señor Daniel; esto es todo,—contestó el pobre niño;—os aseguro que no ha ocurrido nada más.

—Bien creo que no habrá ocurrido nada más,—dijo el viejo labrador;—¡demasiado hay con eso! ¿Qué hubiese ocurrido si la Parda se hubiera alejado en vez de esperar como buena y honrada vaca que es? ¿Qué hubiese sucedido si las gentes del Ban de la Roche nos la hubiesen traído con una ó dos costillas rotas? ¿La hubieses pagado tú, dí?... ¿Hubie-



seis reemplazado tú ó tu madre la mejor vaca que hay en la comarca?...

Defúvose un momento y continuó con voz conmovida:

—¿Cómo has podido obrar así? ¿Habías olvidado que la Parda era para mí más estimada que todo lo que poseo, y que no puedo mirarla sin pensar en mi pobre Petrita, que esa buena vaca crió con su leche?...

Al oír esto no pudo resistir más Franz. Hacía mucho tiempo que había perdido el valor su pobre corazón: solamente se necesitaba una gota para hacerlo desbordar, y esto hicieron aquellas últimas palabras. De sus ojos escapó un verdadero diluvio de lágrimas: sentóse en una silla, y no pudiendo contener su dolor, comenzó á llorar con tal sinceridad, que pareció impresionado el anciano labrador.

—Bien, bien,—murmuró,—si lloras así no será posible permanecer aquí. Véte á dormir, si puedes, y procura que no te vuelva á suceder: mejor será esto que llorar como lo haces. Mañana hablaremos de esto. Véte á dormir, y si tienes malos sueños no será por culpa mia.

Franz no contestó. Salió ahogando un suspiro entre las manos, llegó á tuestas á su cuarto y se arrojó vestido sobre la cama. La injusta severidad de maese Daniel le hacía sufrir cruelmente: durante cinco minutos reflexionó en ella y hasta creyó que no concluiría jamás aquella triste noche; pero pasados cinco minutos se cerraron sus ojos y dormió sin despertar hasta las cinco de la mañana. Necesario fué que Zorrito viniese á lamerle las manos para que despertase. A pesar de la fatiga, el pastorcito se levantó en el acto, porque las vacas mugían ya en el establo y hacía mucho tiempo que había sonado la hora de partir.

## XI.

Cerró la puerta de su habitación, y al bajar la escalera se encontró frente á frente con maese Daniel. Al pronto le pareció esto bastante sorprendente, porque el viejo labrador acostumbraba á marchar temprano á los campos. Desde el día anterior estaba Franz tan predispuesto á las ideas tristes que presintió una desgracia.

—Puedes dejar el látigo, muchacho, — le dijo maese Daniel. —Hoy no irás al Campo del Fuego.

Al oír esto, Franz se revistió de valor y tuvo fuerza para contestar con firme acento:

—Señor Daniel, son más de las cinco y las vacas se impacientarán si no se las abre la puerta del establo. Os suplico que me dejeis marchar... El tiempo está claro y el día será bueno. Os aseguro que cuidaré tanto de las vacas que no les sucederá nada mientras yo las guarde...

—Es que precisamente no las guardarás más. Desde hoy guardará las vacas José.

El pobre Franz no esperaba un desenlace tan brusco.

—¡Oh! señor Daniel, no hagais eso! ¡Grande fué mi culpa ayer, pero bien sabeis que ha sido la primera vez!... ¡No me sucederá más, os lo prometo; no, aunque hubiera dos mil zorzales en el Ban de la Roche, no me sucederá más!...

—¡Ta! ¡ta! ¡ta!...—dijo maese Daniel riendo de todo corazón,—¿cómo te animas, mi pobre Franz!... ¡enhorabuena! ¡así se debe tener afición al oficio!... ¿Sientes que otro trabaje en tu lugar?

Cuando maese Daniel reía de aquel modo podía asegurarse que ocurrían grandes novedades. Franz no sabía qué pensar. Su rostro era tan extraño en aquel momento y sus grandes ojos estaban tan abiertos, con tan cómica expresión de duda y asombro, que él viejo labrador comenzó á reír de mejor gana.

—Ven aquí, muchacho,—le dijo al fin abriendo la puerta de la sala baja; —ven y hablemos un poco.

Entraron en la sala, y á un gesto de maese Daniel, se sentó Franz á su lado en un escabel de madera.

—¿Conque habías tomado en serio mi mal humor, señor Franz? ¡Es verdad que anoche no le tenía muy bueno! Pero debías saber que la cólera de los viejos es como las tempestades del Ban de la Roche: en cuanto pasa la borrasca ya nadie se acuerda de ella.

—¡Caramba! señor Daniel, tuve mucho miedo en el primer momento; pero en seguida pensé que no érais malo, y ahora tengo confianza despues de lo que me habeis dicho.

—Tienes razón, Franz. Si no se regañase un poco á los muchachos, hasta cuando no son demasiado culpables, los bribones nada respetarian. Pero veo que eres un hombrecito y que se te puede hablar de cosas serias, porque el lance de esta noche me ha demostrado que tienes diez años más de tu edad. ¡No hubiese sido el holgazan de José quien hubiese corrido toda la noche sin quejarse!... ¡Tampoco hubiese sido él quien comprendiese el cariño que merece ese pobre animal ni los recuerdos que despierta en mí!...

—Si se hubiese perdido la Parda, señor Daniel, nunca me hubiera atrevido á entrar en la granja!...

—Lo sé, y por esta razón quiero hablarte como se habla á un hombre. ¿Sabes que los años vienen poco á poco y que se hace uno viejo sin echarlo de ver? ¿No te ha ocurrido nunca pensar qué pasaría en la Soutte si muriese el pobre maese Daniel?

—¡Oh! señor Daniel! ¿cómo podeis decir eso?...

—No somos eternos, muchacho, y sesenta años pesan mucho sobre la cabeza de un hombre. Cuando uno es solo, le es duro pensar que dejará detrás de



él una hermosa granja como la Soutte, con diez hermosas vacas de leche, sin que nadie cuide de todo esto. ¡Esto apena mucho, mi pobre Franz!... Cuando se piensa en ello se llenan de lágrimas los ojos...

—Creía que teniais parientes en la ciudad, señor Daniel,—se atrevió á decir el pastorcito,—y que os heredarían.

—¡Sí parientes!...—murmuró amargamente el anciano labrador,—¡parientes que se cuidan del pobre viejo campesino como de los salvajes de América!... Estos no tienen ningun derecho, y si la ley no les concede nada, no será maese Daniel quien les dé algo. ¡Perezosos que no saben distinguir siquiera una espiga de trigo de una de centeno, y que se apresurarían á vender mis hermosas vacas á los judíos!... ¡No, Franz, esas gentes no son parientes!

Maese Daniel se calló dominado por la emoción, y pasado un momento de silencio, continuó diciendo:

—Mucho tiempo he reflexionado en todo esto y he creído que ya era hora de pensar en el porvenir. Eres joven, Franz, y además activo y bueno. En dos años que te conozco no me has dado motivo de queja; sostienes á tu anciana madre como debe hacer todo muchacho honrado que tiene buenos sentimientos en el alma. Además, eres duro al trabajo y cuidas con afán de los intereses de los otros: cuando se porta uno así con sus amos, es digno de estar al frente de una finca. Yo moriría más tranquilo si supiera que quedaba la Soutte en manos de un hombre honrado, incapaz de vender á pedazos esta buena tierra que me ha alimentado durante veinte años. En una palabra, desde hoy puedes considerarte como hijo de maese Daniel; así lo he decidido esta noche, y no sé quién podría reconvenirme. Cuando no se tiene hijos, mi opinion es que se debe buscarlos entre los pobres, y por esta razón he pensado en tí.

Así habló maese Daniel, y como podeis suponer, Franz se guardó mucho de interrumpirle. Bebia literalmente con ojos y oídos aquellas palabras que parecían caerle del cielo. Creía soñar despierto; tan imprevista era su felicidad, que fué necesario que maese Daniel le pusiese la mano sobre el hombro para sacarle de su éxtasis.

—¡Oh, señor Daniel!—exclamó el niño;—¿no habeis querido burlaros de mí?...

—No, muchacho,—contestó maese Daniel,—no acostumbro á hablar á la ligera, y lo que te he dicho puedes repetirlo al mundo entero.

No merece el trabajo de adivinarlo lo que hizo Franz despues de aquella confirmacion. Levantóse muy pálido de la silla, cogió la mano á maese Daniel y comenzó á llorar y á reír á la vez, como si tuviese trastornada la cabeza. Era la quinta ó sexta

vez que lloraba desde la vispera; ¡pero cuánta diferencia entre estas lágrimas y las que habia derramado en el Ban de la Roche!...

En aquel momento entró sin que le invitaran un nuevo interlocutor. Era Zorrito, que, habiendo esperado á la puerta más de tres cuarto de hora, habia juzgado que la conversacion se prolongaba demasiado. Sin manifestar exagerado amor propio, maese Zorrito detestaba que prescindiesen de él con tan poco miramiento. Y como la puerta estaba entreabierta, tan bien jugó con sus cuatro patas y puntiagudo hocico, que concluyó por abrirse paso, entrando apresuradamente con la cola alta y alegre aspecto, como perro que acaba de recobrar sus derechos.

Al verle, maese Daniel no pudo contener una exclamacion de buen humor.

—¡Aquí estás, tunantuelo, que prestas servicios á las gentes sin aparentar apercibirte de ello!... Buena idea tuviste, Franz, en recoger á este gosquecillo... ¡Cuando pienso que hace diez meses tuve la crueldad de arrojarle de casa!... ¡A toda edad se reciben lecciones, hijo mio!...

Hablando así, maese Daniel acariciaba con la mano la cabeza de Zorrito, y el buen perro aceptaba aquellas caricias con una satisfaccion que demostraba claramente que desconocia el rencor.

—Y ahora,—añadió maese Daniel,—creo que hay en el mundo una buena y honrada mujer que no sentirá saber todo lo ocurrido. Te doy permiso por hoy, Franz, y desde mañana iremos juntos al campo.

No necesitó Franz que le repitiesen la invitacion. Corriendo y cantando, loco de alegría, recorrió el camino. ¡Qué sueño! ¡Qué sorpresa! ¡Qué cuento de *Las mil y una noches!* Pareciale que una buena hada invisible le habia tocado con la varita mágica: tan milagrosos le parecían aquellos rápidos acontecimientos. De pastor se convertia en labrador, y sin duda, más tarde propietario de la Soutte. Por mucho ménos hubiese cantado cualquiera, ¿verdad? Y añadid á esto el placer de ir á anunciar la buena noticia á la anciana, que se preguntaba inquieta en su solitaria cabaña qué sesgo habrian tomado las cosas desde la vispera. Vamos, aún hay buenos dias en el mundo para los pobres, y la felicidad no es privilegio de los ricos, puesto que la honradez y buena conducta en todas partes encuentran recompensa, hasta en las desiertas cumbres del Campo del Fuego.

## XII.

Se han realizado las promesas de maese Daniel. Diez años han trascurrido, y los acontecimientos se han encargado de justificar la confianza del anciano labrador. Bajo la activa é inteligente direccion de



Franz, la granja ha tomado nuevo aspecto. Las diez hermosas vacas de la Soutte se han multiplicado, y la Parda, que á Dios gracias vive aún, continúa siendo la privilegiada en el Campo del Fuego. En el día presente no se encontraría en toda la comarca un hombre más francamente dichoso que maese Daniel: lo cual demuestra que los cálculos del corazón no suelen ser los peores. ¡Pero cómo ha cambiado de aspecto la Soutte en este espacio de tiempo! Ya no es la vieja granja de ántes, aislada y triste como casa casi desierta. La alegría ha penetrado en ella bajo la forma de una guapa campesina del Ban de la Roche, con quien se ha casado Franz. También ha penetrado el ruido bajo la forma de dos robustos niños, Luis y Petrita, que cantan desde la mañana á la noche en todos los tonos, y que se esfuerzan en despertar todos los ecos de la granja.

Maese Daniel no es el último en encontrarles encantadores. Algunas veces le ocurre coger brusca-mente á su ahijadita, y besarla con fuerza sin pronunciar una palabra.

Cree haber recobrado su hija, que llevaba el mismo nombre, y sus ojos se llenan de lágrimas.

La anciana madre de Franz, que ocupa ahora la mejor habitación de la Soutte, es el oráculo de la familia. Hasta maese Daniel se abstiene de regañar cuando ella está presente. La buena anciana tiene su sillón forrado de cuero en el rincón del hogar, porque sus pobres piernas se han negado hace tiempo á prestar servicio. Afortunadamente, la vista es buena aún y el entendimiento también, no escaseando sus consejos á los jóvenes. Hoy tiene cerca de ochenta años; pero se promete pasar de los ciento, y todo hace creer que el porvenir le dará la razón.

No os sorprenderá saber que maese Daniel ha conservado el mismo carácter. Algo gruñon y mal humorado, el viejo labrador es el hombre mejor del mundo. Si por la noche un leño arde mal en la chimenea, ó la pobre criada tiene la desgracia de dejar entreabierto la puerta al salir, sobreviene una borrasca capaz de hacer temblar los vidrios... pero en el acto acuden dos niños, quienes á una señal de su padre, encuentran siempre recursos para calmar la tempestad. Los traidores se deslizan como gatos entre los piés del sillón, y apenas abre la boca maese Daniel toman por asalto sus rodillas. ¡Id á regañar, si podeis, cuando cuatro manitas se pasean por vuestra barba!

—¡Quereis dejarme en paz, tunantes!..... — les grita con tono entre placentero, é iracundo;—¡no serán mejores que su padre estos perillanes!... Abajo las manos! ¡abajo!

Pero la mirada y la sonrisa desmienten el sentido de las palabras, y los bribones, que conocen bien el valor de la amenaza, la aceptan entre carcajadas.

¿Y Zorrito? preguntareis. ¿Qué se he hecho de este buen perrito, que también merecía atenciones, que debía contarse entre los individuos de la familia? Maese Zorrito es muy viejo hoy; ya está lejos el tiempo en que podía pasar la noche en una cantera á la intemperie sin constiparse. Al avanzar en edad se ha hecho muy grave; ha conquistado sus derechos al retiro, y se le ha reservado un puesto en la sala comun: el puesto de los viejos, lo más próximamente posible del hogar.

Si en el mundo hay perro mimado, de seguro es este; y os aseguro que al ver el cariño de que está rodeado, más de un hombre envidiaría su suerte.

Hace poco tiempo tuve el honor de verle. Franz acababa de referirme su historia, y cuando felicitaba al joven labrador por su constancia y actividad, sonrió y pasó la mano por la cabeza al perro.

—A este honrado animal debo mi felicidad,—me dijo.—Así es que cuando encuentro un animal abandonado, no puedo evitarlo!... lo recojo y lo cuido, porque obrando así creo pagar una deuda de gratitud.

PRÓSPERO CHAZEL.

## EL REY DESTRONADO.

AL DISTINGUIDO AUTOR DRAMÁTICO

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I.

Con bizarros caballeros  
De alta prez é ilustre fama,  
Montado en su blanca yegua,  
Salió Boabdil de la Alhambra,  
Depuestos corona y cetro,  
La régia frente humillada.

En breve tiempo llegaron  
Do los cristianos se hallaban,  
Y el Rey Chico, á su presencia,  
Tembló de cólera y rabia;  
Pero aquellos, generosos,  
Saludaron su llegada,  
Dando el debido tributo  
Al dolor y á la desgracia.  
Entónces, con angustiado  
Acento, Boabdil exclama:

«Rey Fernando, á tí nos rinde  
Hoy la fortuna tirana:  
Entrega te hago del reino  
Y de la ciudad preclara  
Que se ostenta á nuestra vista



Sobre flores reclinada,  
 Pues así de Aláh lo ordena  
 La voluntad soberana.»—  
 Dijo Boabdil; y, convulso,  
 Llena de amargura el alma,  
 De Isabel al noble esposo  
 Dió las llaves de Granada,  
 Y seguido de sus deudos  
 Se encaminó á la Alpujarra,  
 Donde aguardábanle ansiosas  
 De su amor las prendas caras.

## II.

Cuando los últimos rayos  
 Del sol poniente doraban  
 Los ondulantes pendones  
 De las huestes castellanas,  
 Del Padul en la colina,  
 Que no distante se alzaba,  
 Boabdil, de dolor transido,  
 Encontró á las dos sultanas;  
 Su madre Ahixa, y su esposa,  
 La encantadora Zoraida.

Desde allí, con más halagos  
 La ciudad se le brindaba;  
 Consternado echó pié á tierra  
 El desvalido monarca,  
 Y exhaló un hondo suspiro,  
 Presa de mortales ansias;  
 Despues exclamó, vertiendo  
 Copioso raudal de lágrimas:  
 —«Adios, perla de Occidente,  
 Adios, ciudad encantada,  
 Adios, búcaro de flores  
 Que oriental perfume exhalas,  
 Adios, paloma que gimes  
 Hoy del gavilan esclava.  
 Ya te dejo para siempre,  
 Ya no veré más las galas  
 De tu floreciente vega,  
 Que el Genil y el Dáuro bañan,  
 Ni tus mágicos jardines,  
 Ni esas tus torres gallardas,  
 Ni de tus límpidas fuentes  
 Las murmuradoras aguas.

»Arrojado de tu suelo,  
 Sólo tormento me aguarda  
 Que el corazon me destroce  
 Con ruda tenaz constancia.  
 ¡Por última vez te miro!  
 Ya no me queda esperanza  
 De tornar á ver tu cielo  
 De pureza inmaculada;  
 Que preside mi destino  
 Estrella fatal y aciaga.  
 El llanto que por tí vierto,

Cual si fuera hirviente lava,  
 Seca mis cansados ojos  
 Y mis mejillas escalda.

»Adios, rico pebetero,  
 Que esparces suave fragancia,  
 Dando al ánimo deleite  
 Y al corazon dulce calma.»—  
 Cuando Ahixa en el cuitado  
 Contempló flaqueza tanta,  
 Así le denosta altiva,  
 Al par que en cólera estalla:  
 —«Da rienda, Boabdil, al llanto,  
 Tu honra al mirar mancillada,  
 Que ya tan sólo nos resta,  
 Léjos de la madre patria,  
 Hondo pesar, luto eterno,  
 Vida de oprobio y de infamia.  
 Lloro cual mujer, sí, llora,  
 La pérdida de Granada,  
 Y avergüénzate, rey moro,  
 De que las huestes cristianas  
 Hayan puesto sus pendones  
 En las torres de la Alhambra,  
 Donde há un instante, orgullosa  
 Nuestra enseña tremolaba.  
 ¡Llórala cual debil hembra,  
 Con abrasadoras lágrimas,  
 Ya que caudillo valiente.  
 No supiste conservarla!»

## III.

Montó Boabdil á caballo  
 Despues que oyó estás palabras,  
 Sintiendo estallar bravía  
 En su pecho la borrasca.  
 Con el corazon partido  
 Lento dobló la montaña,  
 Y á sepultar fué su afrenta  
 Allá en los yermos del Africa.

JESUS CENCILLO.

## MISCELÁNEA.

### Las manzanas de Australia en la Exposicion Industrial de Viena

La colonia de Victoria, en Australia, envió á la Exposicion Industrial de Viena una gran variedad de objetos, que representaban los distintos productos de su suelo, así como los de sus manufacturas, artes y ciencias. Pero entre todas las cosas que remitió, puede decirse que ninguna ofreció más interes por su novedad que la numerosa y variada coleccion de manzanas frescas. Estas, con leves ex-



cepciones, llegaron á su destino en el más perfecto estado de conservacion y fueron objeto de la admiracion de todos los que las vieron, no sólo por su mérito y variedad, sino tambien por proceder de tan remotos países.

Dicha coleccion fué producida en el jardin experimental de la Sociedad de Horticultura de Melbourne, situado en los arrabales de la misma ciudad. Juzgando que será útil el conocimiento del método que se empleó, con tan buen éxito, en el empaque y remision de las referidas manzanas desde un extremo al otro del globo, y al través de climas ardientes, lo vamos á explicar.

Uno ó dos dias ántes de su embarque, las frutas fueron tomadas cuidadosamente de los árboles, é incontinenti envueltas una por una en papel fino y puestas en cajas, las cuales estaban de antemano preparadas con un buen lecho de algodón en rama en su fondo: sobre este lecho se colocó uno de fruta, rellenando bien los espacios y costados de la caja con más algodón, y encima otro lecho de la misma materia, alternando sucesivamente así hasta llenar las cajas. En la construccion de éstas se habia tenido cuidado de poner las piezas de tal modo que permitiesen amplia ventilacion por todas partes. La razon de preferirse el algodón á la paja ó aserrin de madera para el envase de la fruta, fué por juzgar que posee en un grado superior la propiedad: anticonductora del calórico, y tambien por ser un buen absorbente de cualquier humedad que pudiera emitir la fruta.

Las manzanas fueron embarcadas en el puerto de Melbourne en uno de los vapores de las Malas para Europa, por la vía del Istmo de Suez, y desembarcadas en el de Brindisi (Italia), desde cuyo último puerto se llevaron á Viena por el ferro-carril. La distancia de un puerto á otro es de 9.161 millas, incluyendo las 224 del Istmo de Suez, y las suelen recorrer los vapores en 44 dias. Es de advertir que estas Malas hacen dos traspados: uno en punta de Gales (isla de Ceylan), y otro en Suez; y además se hace el tránsito del Istmo por el ferro-carril hasta Alejandría, en donde las balijas, mercancías y pasajeros son últimamente embarcados y conducidos á Brindisi. A bordo del vapor, la fruta fué puesta en el camarote en que se lleva el hielo para el uso de los pasajeros.

El jurado de la Exposicion de Viena no vaciló un momento en conceder una medalla de honor á los expositores de las citadas manzanas, ó sea á la Sociedad de Horticultura de Melbourne, expresando en el diploma que el premio se concedia al progreso en la conservacion de frutas.

La referida Sociedad ha hecho otra remesa á Europa de las manzanas que produce su jardin experimental, enviándolas esta vez á Florencia, para ser

presentadas al Congreso Británico que se celebró en dicha ciudad el mes de Mayo de 1874, adoptándose en esta remision el propio método y todos aquellos cuidados y precauciones que se observaron con las que fueron remitidas á la Exposicion Industrial de Viena; y segun los informes que la Sociedad tiene recibidos, toda la fruta llegó á su destino en un estado inmejorable, mereciendo grandes y unánimes encomios de los individuos del Congreso, tanto por su mérito intrínseco como por sus numerosas variedades, y, particularmente, por la circunstancia de proceder de tan apartadas regiones.

\* \*

Los mas notables acontecimientos de la historia contemporánea de Europa, comentados por un escritor chino.

El *China Mail*, periódico inglés que se da á luz en Hong-Kong, dió cuenta de cómo se hallaba en manos de los encuadernadores y en visperas de publicarse, una obra en el idioma celestial, que se componia de catorce partes en ocho volúmenes, conteniendo cerca de 360.000 caracteres, cada uno de los cuales representa una sentencia; cuya obra por su mérito y la reconocida erudicion del autor, estaba destinada á enriquecer la literatura china. Tenia por título: *Historia de la última guerra franco-prusiana*, y habia sido escrita por el distinguido literato chino Wong-Jaon, el cual debia lo esmerado de su educacion á la enseñanza de colegios europeos. El autor habia obtenido los principales materiales para este trabajo literario de las noticias más auténticas que se contenian en los periódicos de las naciones occidentales del antiguo mundo. La publicacion de la obra estaba encomendada á la Asociacion de Editores Chinos de Hong-Kong, los que tenian hecha una edicion de 1.000 ejemplares, que se esperaba serian agotados muy en breve en vista de los innumerables pedidos que se habian recibido de muchos de sus más ilustrados compatriotas y de gran número de sinólogos europeos. Su precio se habia fijado en cuatro pesos fuertes por cada ejemplar en papel blanco, y tres por cada uno de los impresos en papel moreno.

ANTONIO DE LA CÁMARA. \*

\* Español residente en Melbourne (Australia), que en varias ocasiones ha dado muestras de su patriotismo y amor á las ciencias, y que recientemente ha remitido al Museo de ciencias naturales, con destino al Gabinete de Historia Natural y Jardin Botánico, algunos objetos, entre los cuales merecen particular mencion 24 fotografias de indígenas de Australia, Tasmania, Nueva-Zelanda y otras islas de la Oceania, varios huevos de aves de aquellos remotos países, y una numerosa coleccion de frutos y semillas de plantas, cuyo cultivo habrá de ensayarse, siendo algunas de utilidad por sus aplicaciones.